

Gaston Leroux

El corazón secuestrado

Mis esposales con Cordelia.

Nuestros padres nos habían desposado desde nuestra más tierna edad. Cuando yo tenía doce años y ella ocho se decía ya en torno nuestro que formábamos una pareja encantadora, y nuestras madres nos admiraban. Hubiésemos querido casarnos en seguida, tanto nos queríamos. Eramos primos hermanos, y nuestras familias se reunían durante las vacaciones. Por aquel tiempo, Cordelia me había entregado ya su corazón, su corazoncito de ocho años.

Yo era un muchacho alto para mi edad, de un rubio casi rojo, muy fuerte, rabiando por los deportes y perezoso en los estudios. La vida al aire libre era la única que codiciaba. Había aficionado a ella a Cordelia, que tenía más bien predilección por la lectura y las bellas artes. Su madre era italiana. Mi tío se había enamorado durante un viaje de negocios que había tenido que hacer a Turín. A los ocho años, Cordelia era ya una buena ejecutante en música, pero nos asombraba, sobre todo, por su facilidad en dibujar o pintar lo que presionaba o interesaba. A mí me parecía milagroso todo lo que salía de manos de Cordelia.

No podía menos de quererla más y más, y no le regateaba mi admiración. Fui yo quien le enseñó a montar a caballo. Era intrépida. A veces me daba miedo, pero yo no bacía más que seguirla: hacía de mí todo lo que quería. Jamás he sido soñador; pero me decía de pronto: “¡Soñemos!”..., y yo, junto a ella, hacía de soñador, es decir, me callaba. Después me miraba con aire burlón, y rompiendo a reír me decía: “¡Abrázame!” Y al ir a abrazarla se escapaba corriendo.

Nos hemos divertido de este modo hasta que cumplí diecinueve años. Me había hecho un buen mozo, con manchas de pecas en la cara. Ella me encontraba el más guapo de los hombres. Siempre me ha encontrado el más guapo de los hombres. En cuanto a ella, se había convertido en algo inefable. Su delicadeza de chiquilla testaruda presentaba entonces una línea llena de nobleza y gracia. No era morena ni rubia; tenía el pelo de un color peculiar que yo llamaba vaporoso. Sus ojos verdes, con puntitos de oro, cambiaban de matiz a cada instante. ¡Qué talle más lindo el suyo! Era flexible como una caña, como se dice corrientemente, pero nada frágil.

Seguíamos jugando cual si fuésemos chiquillos.

Sin embargo, un día nos cogimos de la mano y nos fuimos juntos a suplicar a nuestros padres que nos casasen sin tardanza. Teníamos un deseo loco de hacer un viaje de novios a caballo. Con gran desesperación nuestra no se nos quiso escuchar. Se dispuso el viaje a caballo para cinco años más tarde, y me hicieron partir para América, lo cual me pareció una burla amarga y cruel. Después hice mi servicio militar, y me volvieron a enviar a América.

II

El retrato.

Mi padre, que estaba metido en negocios de aceros, tenía el propósito de llevarme a su lado, pero antes quería que siguiera un curso completo de uno de esos Institutos tecnológicos de los Estados Unidos, en donde se aprende todo lo que puede ser útil a un obrero y a un ingeniero, pero en donde, especialmente y gloriosamente, se practican todos los deportes. Puedo decir que era el orgullo del Instituto y el último de la clase. El *boxeo*, el *tennis*, el *golf*, la equitación, la natación, y la aeronáutica me distraían, con esfuerzo, de pensar en Cordelia, pero sin apartarme jamás por completo de ella.

Contaba los meses que faltaban para la esperada felicidad. Entre tanto, mi padre y mi madre habían muerto casi al mismo tiempo, durante una epidemia de *influenza*, como se decía entonces. Yo cumplí su voluntad, no precipitando los acontecimientos. Era su propósito que no me casase antes de haber cumplido veinticuatro años; y no quería contrariar su voluntad, sobre todo después de su muerte.

Mi tío, en aquellas crueles circunstancias, se portó conmigo de un modo excelente. Se ocupó de todos mis asuntos, y no tuve que preocuparme de nada, aunque mis padres me hubiesen dejado una gran fortuna.

Me preguntó si quería continuar los negocios de mi padre, y le contesté que no hubiera dejado de hacerlo si hubiese sido preciso, pero que siendo suficientemente rico para hacer la felicidad de Cordelia y la mía, había decidido vivir lo mejor posible de mis rentas. Replicó que me aburriría si no trabajaba; y yo le contesté que a veces me había aburrido trabajando, pero jamás cuando no trabajaba. Mi tío tenía la idea de otros tiempos, que no han conocido todo lo que hoy llena la vida; me refiero al movimiento que da salud y belleza. Un atleta no se aburre nunca.

Por lo demás, el razonamiento expuesto acerca del trabajo no es precisamente al de un *sportsman*. He oído afirmar a un hombre de una gran inteligencia, a un literato (un novelista que trabajaba diez horas diarias), que sentía horror hacia el trabajo, porque al absorberle lo mejor del tiempo, le impedía *contemplar la vida*, ocupación *prodigiosa*, espectáculo ante el cual sólo se aburren los imbéciles. Consideraba el trabajo como una baja necesidad a la que había sido condenada la humanidad por no sé qué crimen, y decía que aquellos hombres que, viéndose libres de él, por haberle sonreído los dioses, lo reclaman de nuevo porque encuentran las horas demasiado largas, merecen un castigo eterno.

Y yo soy de esta opinión, y añado: “¡Por Dios; si se aburren que se dediquen al *football!*...”

Por fin cumplí veinticuatro años, y tomé el vapor para el Havre. Me imaginaba a Cordelia esperándome en la punta del muelle. Hacía dieciocho meses que no la había visto. No habíamos casado de escribirnos con la mayor libertad posible. Sin embargo,

durante el último período de mi estancia en América, creí advertir que algo había cambiado en ella.

Su corazón, ciertamente, seguía siendo el mismo para mí, pero su pensamiento se hacía incierto, o, lo que es lo mismo, yo no comprendía todo lo que me decía en sus cartas. He dicho que Cordelia tuvo siempre afición por las bellas artes, y particularmente por la pintura. Pues bien, a propósito de un cuadrito que me había enviado (un retrato hecho de memoria que yo encontré estupendo), me escribió cosas extraordinarias, que yo calificué, con desprecio y sin casi saber por qué, de *delicuescentes*; de pertenecer, en una palabra, a una región por la cual no había la costumbre de pasearse en mi Instituto tecnológico.

Me decía a mí mismo: “*Cordelia piensa demasiado*. Hace falta que yo regrese. ¡Cómo voy a hacerle soltar sus libros, su pintura y su música!... y ¡hop! ¡a caballo! como en los buenos tiempos.”

Pero volvamos a ese retratito, a propósito del cual tengo tomadas notas... Es evidente que no tengo nada del señor que escribe diariamente sus memorias. Pero estoy muy contento de tener todas esas notas, y he aquí cómo han sido conservadas. Yo soy muy ordenado, y siempre he llevado una cuenta exacta de mis gastos. Aún conservo todos mis libros de cuentas. Por la noche, después de haber apuntado los gastos del día, me quedaba delante de la suma soñando en Cordelia, y a veces antes de cerrar el libro escribía en él algún pensamiento relativo a ella, o algunas reflexiones a propósito de su última carta.

Eran a menudo tonterías. Así, por ejemplo, en la cuenta del día 25 de abril 19... leo: “35 dollars, 10 céntimos: ¡querida Cordelia! ¡tendremos hermosos niños!” ¡O algo todavía más tonto!... 30 de mayo del mismo año: “25 dollars, 10 peniques... ¡Querida, querida, querida Cordelia!”.

He ahí las notas a propósito de mi retrato: “Hoy he recibido mi retrato pintado por Cordelia. No le falta nada, ni siquiera la señal que conservo, bajo la ceja derecha, de una caída en que di contra la arista de un escalón, cuando tenía ocho años. Eché sangre en abundancia, y recuerdo la desesperación de Cordelia, que jugaba conmigo. Estoy seguro que, al dibujar esta pequeña cicatriz, se ha acordado de aquel triste momento con emoción. ¡Querida Cordelia!”.

Un mes más tarde escribí la siguiente nota: “¿Qué pasa? ¡He recibido una carta de Cordelia que no entiendo! Me reclama el retrato. Encuentra la pintura indigna. No he podido Comprender bien si la estima indigna de ella o indigna de mí. Por último, pretende que si *bien se me parece*, no *se me parece en nada*... ¿Qué galimatías es éste?”.

Y a propósito de aquel retrato, que me guardé bien de enviarle, porque me gustaba mucho, leo lo siguiente: “Cordelia me escribe diciendo que debía comprender que hay algo más que poner en un retrato que la línea del rostro; por ejemplo: el *dibujo del alma*, y que mientras no se haya dibujado el alma en un retrato no se ha dibujado nada.”

¡Ea, que no lo entiendo! ¡No entiendo cómo es posible que dibuje mi alma, que es una cosa esencialmente invisible! Si quiere decir con eso que es necesario dar vida al rostro, soy de su opinión, y basta para ello poner un punto brillante y bien colocado en los ojos; pero, ¿*dibujar el alma?*... Voy a decirle que me lo explique...

Paso por encima de algunas notas que dan cuenta de mi asombro, siempre a propósito de las cartas de Cordelia, que, por lo demás, se hacían cada día más raras y más cortas. Tengo prisa por llegar al Havre. Ya he llegado.

¡Ay! Cordelia no me esperaba en el muelle...

En cambio, un antiguo criado de mi tío se adelantó en el *Titán*, pequeño remolcador que hace los servicios de pilotaje y de correos, y supe por él que Cordelia y su padre habían salido la antevíspera “para un viaje urgente al extranjero”. Aunque endurecido por los deportes, no pude retener las lágrimas, porque aquella noticia era tan inesperada, y coincidía tan poco con mis deseos, que tuve el presentimiento de una desgracia irreparable.

III

Vascoeuil y Hennequeville.

No es que yo dudase en lo más mínimo del corazón de Cordelia, pero me imaginé que mi tío no quería ya ese matrimonio, y que había arreglado las cosas para que yo mismo comprendiera lo que le costaría mucha pena explicarme.

—¿Han marchado para mucho tiempo? —pregunté con voz temblorosa.

El anciano Surdon, el criado, que no había sido jamás charlatán, me hizo comprender que no sabía nada.

—¿Y adónde han ido?

Otra seña de la misma clase que la primera acabó de desesperarme. Sin embargo, Surdon, sin apresurarse, sacó una carta del bolsillo interior de su americana. Se la arranqué de las manos; la abrí, la abrí, y leí lo siguiente: “Mi querido sobrino; nos vemos en la obligación de salir repentinamente para el extranjero. Como te puedes figurar, se trata de un asunto de la mayor importancia. Haremos que nuestra ausencia sea lo más corta posible; sin embargo, no creo que podamos estar de regreso antes de dos meses. Te enviaremos a menudo noticias nuestras por vía indirecta, porque me conviene que seas tú el único que sepa en donde estamos. Sobre todo, no las comuniqués a nadie. No te preocupes por nada: *Cordelia te ama como siempre*. Os casaréis antes de fin de año... Espéranos en Vascoeuil, adonde mando a mi gente. Surdon queda a tu servicio.

Esta carta, al propio tiempo que me tranquilizaba acerca de los propósitos de mi tío (“os casaréis antes de fin de año”), me preocupaba singularmente en lo que se refería a Cordelia (“Cordelia te ama como siempre”). ¿Es que había necesidad de

decirlo? Por último, me llenaba de inquietud por muchas razones. ¿Qué significaba ese viaje misterioso, y a qué respondían las noticias *indirectas*?... Y sobre todo, ¿por qué me enviaban a Vascoeuil?...

Todos los años mi tío y Cordelia pasaban el verano en Hennequeville, en donde tenían, en la carretera de Honfleur, una magnífica propiedad, el cercado Normando, que era un gran edificio nuevo —quiero decir que no tendría más allá de quince años—, en donde encontrábamos la cosa más importante del mundo: el *confort* moderno, mientras que en Vascoeuil, adonde íbamos una vez al año para la apertura de la caza, no era más que una casona campesina que no dejaba de tener buen aspecto, pero que era muy vieja y en donde faltaba todo.

Aquella mansión me había producido siempre un extraño efecto, con sus grandes muros amarillos, su torre, en un ángulo, mirándose en las frías aguas del río; su inmenso patio abandonado, las dependencias accesorias en ruinas, y por la parte de atrás, el parque mal cuidado, cuyas avenidas, cubiertas de musgo, exhalaban olor a cosa muerta.

Los salones, con las pinturas borradas y los espejos desazogados, me parecían habitados por sombras a quienes nuestra visita anual molestaba. No he creído jamás en fantasmas, pero Vascoeuil me ha producido siempre una molesta impresión.

Cosa sorprendente, a Cordelia le gustaba, encontrándole cierta “poesía”. Cuando analizo mis sentimientos creo poder explicar el malestar que Vascoeuil me causaba, por el hecho de que, teniendo una salud robusta y un espíritu completamente sano, encontraba insoportable todo lo que en torno mío no se presentaba con las mismas virtudes de solidez. Vascoeuil no era una cosa “sana”. Y esto bastaba para que le tuviera aversión.

¿Qué hice cuando me encontré allí, sin Cordelia, con el viejo Surdon y Matilde, su mujer?

Ya he dicho que Surdon no había sido jamás charlatán, pero Matilde siempre tuvo la lengua muy suelta. Nos había conocido de pequeños, y nos quería mucho; hacía años que se alegraba de nuestro casamiento. Apenas hube llegado, la cogí aparte y le pregunté qué significaba todo aquello.

Lanzó un suspiro, y echó a correr; pero yo la seguí, y la cogí de la falda, y entonces se puso a llorar.

—Señorito Héctor —me dijo, sonándose—, le juro a usted que no pasa nada. Ha sido una idea del amo la de que vivamos aquí. ¡Como es natural no nos ha consultado!

—Bueno, pues si esto le gusta, que se venga aquí en vez de correr por Europa y privarme de Cordelia. ¡Lo que es yo, me marchó!

—¿Y adónde?

—¡A Hennequeville!

No había acabado aún de pronunciar las últimas palabras cuando Matilde demostró una agitación extremada.

—¡No, no! ¡No debe usted ir a Hennequeville! El señor se disgustará. ¡Estoy segura!

Era de Ruán, del barrio de Darnetal; tozuda y astuta. Comprendí que no le sacaría nada. Pero me decidí a ir a Hennequeville. Estuve allí al día siguiente, llegando hacia las seis de la tarde. ¡Dios mío!, ¡cómo me gustaban aquellos campos!, ¡qué agradable resultaba aquella quinta! Claro que Hennequeville, con el verde brillante de sus lozanas praderías, rodeado de olorosos setos floridos, no evocaba idea alguna de fantasmas... y, sin embargo, cuando percibí, de repente, en una revuelta del camino, la casa cerrada, mi corazón se llenó de angustia. Jamás la vieja mansión me había acogido con aquel rostro de madera. ¡Qué extraña impresión me causaron sus persianas cerradas, y sus puertas con los cerrojos echados!...

¡Cuán lejos estaba de la acogida de antes! ¿Dónde estaban las risas y los besos de Cordelia al pisar el umbral querido? ¡Ni un solo eco de otras veces! ¡La casa no me conocía! Dejé apoyar mi frente sobre la reja, y estuve así unos momentos, que no sabría mediar, dominado por la más triste melancolía. Mientras tanto, la noche había llegado, y cuando levanté la cabeza no pude menos de asombrarme al advertir, a algunos pasos de mí, una sombra que hubiese podido parecerme mi propia sombra, tanto sus gestos reproducían los míos. La sombra también lanzó un suspiro. Yo me sentí sobrecogido de espanto...

Pero mi asombro no hizo más que aumentar cuando oí a aquella sombra expresar en voz alta lo que yo me decía muy bajo; en términos que no sabría reproducir exactamente, pero que traducían de un modo admirable mi pensamiento. La sombra explicaba que era imposible a un *alma* dotada de alguna sensibilidad pasar por delante de aquella linda quinta sin detenerse, por lo menos el tiempo necesario para expresar el sentimiento de que toda la vida de elegancia y de placeres, para la que había sido creada, pareciese haber huido para siempre.

A lo cual, algo aturdido, contesté engañándome a mí mismo (pues repito que mi impresión había sido la misma que la de la sombra)... contesté que no había razón alguna para que aquella casa, momentáneamente cerrada, no se abriese algún día, llenándose de nuevo de alegres ruidos... Pero la sombra lanzó de nuevo un suspiro, movió la cabeza, pronunció un ¡jamás! que me hizo estremecer... y, deslizándose por detrás del muro, desapareció...

Abandoné aquellos lugares, más triste de lo que había ido. Aquel singular encuentro con un extraño, que parecía animado de una sensación extraordinariamente hermana de la mía, me había desconcertado hasta un extremo del cual no me di cuenta en seguida; pero al bajar la cuesta que me conducía al valle de Touques creí ver delante de mí la sombra que me había hablado en alta voz, y eché a correr para alcanzarla.

La alcancé delante de una taberna, cuya puerta entreabierta dejaba paso a una débil luz, aunque suficiente para que pudiera distinguir algunos rasgos de aquel individuo, que se volvió al acercarme. Lo que me impresionó en seguida en él,

prescindiendo de su evidente belleza, fueron sus ojos, o mejor dicho el brillo de sus ojos. Parecían arder en la oscuridad.

Sólo los ojos de algunos albinos me han producido un efecto aproximado, o los de los gatos, que distinguen de noche cosas que nosotros no percibimos. Aquel hombre había salido ya de la zona de luz, y aún veía arder sus ojos en el camino.

Quise hablarle, *pero no tuve fuerzas para ello...*

Me quedé allí, como aturdido, mientras él se alejaba. El aire fresco del mar vino felizmente a rozar mi frente. Alguien me habló. Era el tabernero. Le pregunté si conocía al hombre que acababa de pasar por delante de la puerta. Me contestó que era un pintor, célebre en Inglaterra, y que la gente del país decía que estaba un poco guillado.

IV

El casamiento de Héctor y Cordelia.

Cuando llegué a Vascoeuil, me esperaba una carta. Procedía de París, y no conocí la letra del sobre. Al abrirlo encontré unas líneas de mi tío, que me escribía precipitadamente desde el Tirol.

¡El Tirol! ¡No se va para negocios al Tirol!

¿Qué razón había para que se pasease por el Tirol con Cordelia, mientras yo les esperaba en aquella triste casa? No me decía una palabra de ello. Me daba las señas en donde escribirle.

“Escríbenos lo más a menudo posible —me decía—,scríbenos todos los días. Mientras esperas nuestro regreso voy a darte trabajo en que ocuparte. Vas a ir a Vascoeuil, poniéndolo con todo el *confort* moderno. Confío en ti. Amuéblalo como quieras. Es de Cordelia y tuyo. Lo pongo en la canastilla de bodas. Os casaréis en Vascoeuil. ¡Ya sé que la finca no te ha seducido nunca! Haz de modo que te guste. Pero no toques el parque. Esto es cosa de Cordelia. Tiene sus proyectos. Fuertes abrazos de los dos.”

¡Y ni una palabra de manos de mi prometida! ¿Por qué no me escribía? ¿Es que ya no me amaba? *Después del viaje a Henneville, sin saber exactamente por qué, no cesaba de hacerme esta terrible pregunta.*

Escribí en seguida a mi tío, y hablé de mis preocupaciones.

Le decía que era incapaz de ocuparme de nada antes de saber a qué atenerme acerca del amor de Cordelia, y que sólo ella podría tranquilizarme.

Estuve quince días sin recibir la contestación, y me pasé las dos semanas como embrutecido, esperando al cartero... Inspiraba lástima a Surdon y a su mujer, que trataban a ratos de “hacerme razonable”, y a quienes ni siquiera escuchaba. ¡Por fin llegó la carta! Como siempre, el sobre procedía de París. ¡Cómo la abrí!

Carta de Cordelia..., es decir, una sola línea: “Sí, mi buen Héctor, te amo como siempre... ¡Jamás he dejado de amarte!... ¡Qué ideas se te ocurren!... ¿Te has vuelto loco?... ¡Hasta pronto, maridito mío!”.

Pues bien; esa carta no me contentó nada; el “Te amo como siempre, mi buen Héctor”, me parecía como una especie de emplasto sobre una parte dolorida; no era eso lo que yo pedía. Y hasta el “¡Hasta pronto, maridito mío!” , no me emocionaba nada.

Escribí a Cordelia toda mi angustia. Mientras la escribía, lloraba como un chiquillo al recordarle nuestros juramentos, y le aseguraba que prefería morirme de desesperación antes que conducir al altar a una Cordelia que ya no me amase como en aquellos tiempos.

Entonces, ¡oh!; entonces, unos cuantos días después, recibí ocho páginas de Cordelia... Ocho grandes páginas que también me hicieron llorar, pero de felicidad. Había recobrado a mi compañera de otros tiempos, con toda su frescura, su espontaneidad, su alegría de vivir a mi lado, y sus adorables malicias. Parecía haberse sumergido en el pasado con un frenesí que quería hacerme compartir con ella, y no te costó mucho conseguirlo.

Bruscamente, después de tan queridos recuerdos, empezaba a hablar del presente con una confianza que me devolvió, al instante, mi hermosa salud física y moral. Se prometía de nuestro matrimonio dichas Infantiles. Me hablaba de nuestra instalación en Vascoeuil, con pormenores que me lo hicieron agradable inmediatamente. Decía:

“¡Ya verás qué lindo será Vascoeuil cuando lo hayamos arreglado a nuestro gusto! Irás en seguida a París, y comprarás todo lo que voy a decir (aquí una lista de compras). Es preciso que esté todo pronto a nuestro regreso, porque papá quiere casarnos en seguida. Y no seré yo quien se oponga. ¡Ah, ahora que me acuerdo! No toques el parque. Tiene una belleza especial, que me cuidaré de poner en evidencia. Lo convertiré en el jardín de Peleas y Melisenda. Nos pasearemos por él, durante nuestras horas de melancolía, porque por muy feliz que se sea existen horas de melancolía, que, por lo demás, no resultan desagradables del todo. Mientras lleguen estos momentos quisiera que hiciésemos nuestro viaje de bodas a caballo, como dos locos. ¿Te acuerdas que habíamos soñado en un viaje parecido, cuando éramos pequeños y que nos burlábamos de los novios que tomaban el tren? Pero ya verás cómo tomamos el tren, como todo el mundo... ¡Y qué importa, si al final del tren se encuentra una góndola! Iremos a Venecia. Eso ha sido siempre cosa convenida. El Tirol es horrible. No hay más que montañas, y yo detesto las montañas, sobre todo cuando me separan de ti.”

Durante ocho páginas continuaba de este mismo modo. ¡Querida! ¡Querida Cordelia! ¿Cómo podía dudar de ti? ¡De tu querido corazoncito! ¡De tu queridísimo corazoncito!... ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Manos a la obra! ¡Aquí, albañiles y pintores y “todo el terremoto”, como decía mi tío!

Activé el celo de todos con mi buen humor y mi generosidad. Me había convertido en un amasador de yeso, y Surdon se reía calladamente, cuando me alargaba la copa de dorada sidra, que me bebía de un trago para demostrar a aquella gente que yo sabía quedar bien cuando era preciso.

Hice bien en darme prisa, pues mi tío y Cordelia llegaron ocho días más pronto de lo anunciado. Les esperaba hasta el 8 de octubre, y se aparearon en Vascoeuil a fines de septiembre. Aún no estaba todo terminado.

Cordelia me encontró en lo alto de una escalera, empapelando su tocador. Caí en sus brazos. Me recibió muy bien, exclamando: “¡Dios mío, qué feo!” Hice un gesto que provocó su risa. Yo creía que se refería a mí, y se trataba del papel. No hizo falta más para ponernos de un buen humor que atrajo a mi tío.

Este nos bendijo, nos abrazó, nos volvió a abrazar y bendecir, nos contó que él se había casado allí mismo, que también nació allí Cordelia y que allí nacerían nuestros hijos y nuestros nietos. A lo cual replicó Cordelia, que no le escuchaba:

—¡Dios mío! ¡Qué bien huele la pintura aquí!... ¡Mira, papá, desde ahora no quiero hacer otra cosa que pintar en las paredes! ¿Qué te parece?

—¡Me parece muy bien, hija mía! ¡Pero que muy bien! *¡Eso sí que es sano!*

Estaba algo asombrado de oírle hablar de ese modo. Siempre había oído decir que la salud de los pintores de edificios corría gran peligro a causa, me parece, del albayalde, y al hacer esta objeción a mi tío me dio un buen manotazo en la espalda, como única respuesta.

Un momento más tarde me decía, con su bondadosa sonrisa: “¡Eres el mejor de los muchachos!... ¡No cambias nunca!” Yo no sabía por qué me decía aquello, pues no tenía la intención de cambiar..., y más tarde, al reflexionar sobre ello, he comprendido que debía encontrar en mí una sencillez que le gustaba, un espíritu tranquilo y ponderado que no busca “cinco pies al gato”, como suele decirse, y que me aconsejaba que siguiese así, para la felicidad de todos.

Las tres semanas siguientes pasaron de prisa y de un modo tan feliz, que las recuerdo como las mejores de mi vida. Había alejado de mi mente toda preocupación que no estuviese relacionada con los placeres del día, que se resumieron para Cordelia y para mí en hacer rabiar a todo el mundo, en escondernos detrás de las puertas, en perseguirnos como chiquillos y en abrazarnos tanto y tan fuerte, que Cordelia, toda sofocada, me apartaba cariñosamente, diciendo: “¡Héctor, deja..., deja algo para mañana!...”.

¡Querida, queridísima Cordelia!

Al llegar la había encontrado un poco paliducha, fatigada, sin duda, por el viaje..., pero en seguida había vuelto a recobrar sus hermosos colores. No sé cómo expresarme: para mí no había habido jamás mujer más hermosa en la tierra, y mi apreciación en este punto no ha cambiado. No sabría decirlo de otro modo.

Por fin llegó el gran día. Fue una ceremonia admirable, de la cual se hablará por mucho tiempo en Vascoeuil.

El padre de Cordelia, que era un gran propietario, había invitado a todo el departamento; quiero decir que todos los castillos de los alrededores estaban representados en la boda. Había ilustres apellidos y grandes fortunas. Todo el mundo fue tratado con magnificencia.

Mi tío hubiese querido que las fiestas durasen tres días; pero cedió a las instancias de Cordelia, que declaró que si todos los invitados no se habían marchado a las seis de la tarde, nosotros nos iríamos. El almuerzo fue llamado *lunch*, según los deseos de Cordelia, pero... ¡qué *lunch*!

Y, sin embargo, todo eso no tenía comparación alguna con lo que pasaba quinientos metros más lejos, en casa del principal colono de mi tío. Se habían levantado cobertizos en un inmenso cercado, y allí toda la gente campesina tragaba copiosamente, como en las bodas de Camacho. Cordelia dio amablemente la vuelta a las mesas sin demostrar repugnancia ante tanta comida, lo cual me gustó en extremo; yo la seguía como un falderillo. Y todos decían al pasar: “¡No son nada orgullosos! ¡Dios les haga felices!”.

V

El regalo inesperado.

Al volver al castillo encontramos a todos nuestros invitados extáticos en el salón en donde estaban expuestos los regalos. ¡Dios sabe los que habría!

En aquel momento el viejo Surdon se presentó, llevando penosamente un gran paquete plano, todo envuelto en tela, sobre el cual estaba sujeta una pequeña tarjeta, en la que se podía leer claramente lo siguiente: “Mi regalo *para la cesta* de bodas”. No llevaba firma alguna.

Muchos invitados la habían leído, y se reían de lo de la *cesta* de bodas. Sus risas llamaron nuestra atención. Mi tío, Cordelia y yo nos acercamos, cuando voces impacientes hablaban de una sorpresa, y pedían que se viera en seguida.

Mi tío, después de haber leído, alzó la cabeza, muy pálido, y miró a Cordelia, que también había leído la tarjeta y se había puesto toda encarnada. Sin embargo se turbó nada ante la mirada de su madre, y hasta se sonrió, diciendo: “Es de él, seguramente; a menudo emplea una palabra por otra; a veces lo hace intencionadamente, pues eso le divierte. Además, es su letra.”

Para mí todo aquello era un enigma. La palidez del padre, la sofocación de la hija y las palabras que cambiaban, empezaban a inquietarme.

—¡Podríamos ver lo que es! —dije, señalando el paquete que Surdon traía.

—¿Para qué? —contestó mi tío—; ¡ya lo veremos después!

En cuanto a Cordelia, se había marchado a otro salón.

Entonces fui dominado por una gran curiosidad, y yo mismo abrí el paquete. Cuando la tela que lo envolvía hubo caído, no pude retener un grito de admiración, y todos los que estaban a mi alrededor prorrumpieron en exclamaciones de asombro.

Era un retrato...: ¡el de Cordelia!..., pero ¡qué retrato!

Era una imagen de una brillantez maravillosa... Parecía pintado con la más suave de las luces... Era absolutamente imposible comprender por qué sortilegio del color un ser humano que no dispone más que de sus pinceles y de lo que encuentra en un tubito de plomo había llegado a fijar en la tela una figura tan ideal.

Jamás había visto nada que me hiciese sospechar un arte parecido. Había tenido ocasión, sin embargo, de recorrer con “Todo París”, que se divertía en ello, una o dos exposiciones de pinturas que se apellidaban modernistas y pretendían revolucionar el arte. Había allí grandes cosas simbólicas, y, además, dibujos de fantasmas o una cosa parecida. Digo las cosas así como las pienso; peor para aquellos a quienes pueda molestar. Por lo general, aquellas figuras se envolvían en una discreta nube, detrás de la cual brillaba una luz extraña e indecisa.

Pero aquí, fijaos bien en el milagro, era la figura misma que estaba pintada con rayos, y que radiaba ella misma, sin ningún truco intermedio.

El artista había conseguido hacer ver a los ojos lo que éstos no suelen percibir generalmente, es decir, *la luz invisible que el cuerpo irradia en torno de él...* Ahora, que he adquirido la más cruel y la más terrible experiencia en estos dominios, puedo hablar de estas cosas; pero entonces lo sentía sin acabar de darme cuenta de ello, y me hubiese sido difícil revelar mi pensamiento con palabras que ignoraba.

En una palabra, en aquel resplandeciente retrato parecía que el alma de Cordelia salía de pronto a saludarnos con una sonrisa celestial procedente de sus labios de carne...

¡Ay! Entonces comprendí lo que quería decir cuando me escribía: “Que hay algo más que poner en un retrato que la línea del rostro; por ejemplo: el dibujo del alma...”.

Seguramente conocía ya entonces algún retrato parecido al que nos tenía en éxtasis en aquel momento, y sin duda conocía también al maestro que le enviaba “su regalo para la *cesta de bodas*”... Ya no me es posible dudarle.

Me incliné sobre la tela para leer la firma. Encontré una *P*. Mi tío y Cordelia ya no estaban allí para satisfacer mi curiosidad. Les busqué, y no pude encontrarles. Me dijeron que mi esposa acababa de retirarse a su cuarto para descansar un momento. Nuestros invitados empezaban a despedirse. Mi tío se presentó de nuevo. Ya no tenía aquella palidez que me había impresionado. Por lo contrario, se encontraba muy contento y expresivo al despedir a nuestros huéspedes. Me miraba de vez en cuando, sonriéndome, como si quisiera decirme: “¡Estemos contentos! ¡Todo va bien!”.

¿Qué es lo que había podido temer durante un momento de aquel inolvidable día?

...

Obedeciendo a un pensamiento latente que me obsesionaba ardientemente desde la escena del retrato, volví a la sala de las regalos. El cuadro había desaparecido.

Pregunté al viejo Surdon qué había hecho de aquella obra maestra. Me contestó que de orden de la “señorita” —no se podía acostumbrar a llamarle señora—, había bajado el retrato a los sótanos.

Al asombrarme de ello, replicó que era un sitio muy apropiado para aquella pintura del diablo.

Al irse a marchar, después de estas palabras, le detuve, diciéndole:

—Surdon, tú conoces al hombre que ha pintado ese retrato.

Surdon me miró, frunció el entrecejo y dijo:

—¡El señor tiene que hacer hoy otras cosas para ocuparse de tales tonterías!

Quiso escapármese, pero yo le retuve de nuevo:

—¡Escucha, Surdon: no te voy a preguntar más que una cosa, pero es preciso que me contestes a ella si quieres que sigamos siendo buenos amigos!... Cuando fui a Hennequeville encontré delante de la reja a un hombre que miraba la casa cerrada. Me dijeron que aquel hombre era un pintor inglés que la gente del país tenía por medio loco; ¿no será el mismo que ha enviado hoy el retrato de tu ama?

Pero Surdon, testarudo, se marchó, diciendo de nuevo esta frase que me horripilaba:

—¡Ya le he dicho al señor que todo eso son tonterías!...

Me sentía furioso y atolondrado.

Era Surdon quien tenía razón. Era aquel un día en que no debía preocuparme nada más que de mi felicidad, y me entretenía en interrogar y escudriñar, cerca de un criado, sucesos que ya no tenían importancia alguna, y que con toda evidencia trataban de ocultarme por mi bien.

Me retiré de bastante mal humor hacia aquella parte solitaria del parque que jamás me había gustado, por encontrarla lúgubre. Me asombré de hallarme allí entregado a pensamientos indignos de Cordelia y de mí. Pero alguien ha dicho que el hombre es un animal estúpido.

Entre tanto, mi tío presentóse ante mí. Iba en traje de viaje. Había decidido, en efecto, partir aquella noche misma para Caen. Me declaró en seguida que tenía que hacerme una confidencia que, por lo demás, no tenía importancia, y de la que no me hubiera hablado si Surdon no hubiese ido a contarle la curiosidad que había demostrado acerca del retrato de Cordelia.

VI

Patrick.

Me encontraba algo confuso; pero, como sucede a veces en los momentos de gran timidez, salí del mal paso gracias a la audacia.

—Escuche usted, tío, y dispéñeme; pero la casualidad me puso en el camino de un hombre que suspiraba al contemplar el Cercado *Normando*, y según me dijeron era un pintor. Y he pensado que quizá haya alguna relación entre ese pintor y el retrato que hace un momento nos han enviado lo mismo que con ciertos sucesos que tanto me han hecho sufrir antes de mi casamiento.

—¿Cuáles? —pregunto.

—Su viaje precipitado...

—¡Pues bien; es verdad! Y de esto precisamente quiero hablarte para que no vuelva a hablarse nunca más de ello entre nosotros. Has de saber que Cordelia llegó una tarde al castillo en compañía de un extranjero que había encontrado en el patio de un cortijo pintando a una moza dando de comer a los pollitos. Me dijo que aquel hombre era un artista sin igual, y que le estaba muy agradecida por querer hacer de ella su discípula.

”El extranjero reíase de aquel entusiasmo juvenil, y se presentó como un perfecto hombre de mundo. Era un inglés de noble linaje, algo raro, y con ideas extraordinariamente personales acerca de todas las cosas. Yo no siempre comprendía lo que decía; pero, de momento, sus ideas seducían a Cordelia. No vi inconveniente alguno en que trabajasen los dos, unas veces en el castillo, otras en el campo. Patrick (este es el nombre de ese caballero y la única firma que pone en sus obras) vivía cerca, en una casa de campo junto al lindero del bosque de Touques.

”Por aquella época yo estaba muy ocupado en un asunto que me obligaba a ir a menudo a París... y no advertí los cambios que se iban operando en Cordelia.

”Fueron Surdon y su mujer quienes me hicieron ver que la pequeña no se reía, ni se entretenía en jugar a lo aldeano, ni montaba a caballo, pasándose todo el día pintando, leyendo o soñando, y que no salía más que cuando el extranjero le había dado una cita para pintar en algún rincón del campo, de donde volvía pensativa y muda.

”Me puse a observar a Cordelia, y me quedé asombrado al ver sus facciones cambiadas, tan seria como antes alegre, con una mirada singular que no se fijaba en nada, que parecía estar viendo cosas ausentes. ¡Me reproché amargamente mi imprudencia y descuido! Sin embargo, no dije nada para poder observar mejor. Y tuve que darme cuenta en seguida de que Cordelia ya no vivía más *que a través pensamiento* de ese Patrick...”.

¡Dios mío! —exclamé, suspirando—. He ahí lo que yo temía...

—No suspires de ese modo —prosiguió mi tío—; no suspires así, porque vas a ver cómo toda esta historia no tiene importancia alguna... ¿Sabes con quién tenía que habérselas Cordelia?

—¡Con un canalla! —afirmé.

—Sencillamente, con una especie de charlatán que le hacía tomar una cosa por otra y le contaba *historias fabulosas* sobre su potencia psíquica y una porción de engañifas que acabaron por trastornarle la cabeza...

—Pero ¿me amó ella siempre?

—Yo creo que siempre te amó..., pero no quería casarse.

—¡Dios mío!

—Te contaré cómo han pasado las cosas, y tú mismo verás que no tienen importancia....

—¡Perdone usted, tío, perdone usted! ¡Pero veo que lo que me está diciendo es muy importante!... Jamás hubiese pensado que se tratase de una cosa tan importante...

—¡Pero muchacho! ¡Conseguirás que te dejé por tonto! ¿Eres o no un hombre? ¿No estás casado con una muchacha que adoras y que te quiere desde que abrió los ojos?... ¡El diablo me lleve si mañana por la mañana queda algo de ese chiflado de Patrick!... ¡Si no es así..., no te vuelvo a mirar a la cara!... Escúchame, porque es preciso terminar... Acabé por descubrir en un mueble del estudio de Cordelia una correspondencia secreta entre ella y Patrick...

—¡Pues no faltaba más que eso!

—Esa correspondencia —siguió diciendo mi tío—, era lo que esa gente llama una *correspondencia de almas*... Y te ruego que creas, mi buen Héctor, que no es ese *comercio psíquico*, como dicen ellos, el que me hará abuelo un día cualquiera... Casi al propio tiempo que ese galimatías, encontré una librería llena de libros *mágicos*... Sí; una biblioteca de ciencias ocultas... Volúmenes inverosímiles acerca del mundo invisible, acerca de los *rostros y las almas*..., un libro ilustrado que trata de los estigmatizados, los *médiums* y los taumaturgos... y ¡qué sé cuantas cosas! ¡Hijo mío, para demostrarte que todo eso no tiene importancia alguna, te diré que no tuve necesidad de verme con ese Patrick, ni siquiera tuve necesidad de echarle de casa!... Todo se arregló, lo más naturalmente del mundo, por Cordelia misma, que no ha sido jamás una chiflada, y que se dio cuenta del peligro que corría escuchando a ese saltimbanqui... Al sorprenderme delante de su librería devastada y de las cartas de Patrick, se echó en mis brazos, gritando: “¡Papá, sálvame!”.

—¡Querida! ¡Querida Cordelia! —exclamé sin poderme contener—. ¡La reconozco! ¡La reconozco en eso!

—Sí; te voy a salvar de ese loco, Cordelia mía —contestó mi tío a su hija—. Héctor llegará pronto de América y os casaréis... Y fue entonces, mi querido Héctor, cuando me dijo: “¡Es que no puedo casarme con Héctor! ¡Patrick me lo ha prohibido!”

—¿Ah, sí? —exclamé, indignado—. ¡Ah, sí! ¿De veras? ¿Ese Patrick le había prohibido que se casase conmigo?

—Sí; Cordelia pretendía que estaba moralmente obligada a obedecer a Patrick... ¡Que su pensamiento le pertenecía!

—¿Que su pensamiento le pertenecía? ¡Eso es notable! ¿Y qué le respondió usted?

—Le dije: “Prepara tu equipaje, pues nos vamos a un rincón de Europa en donde no tengamos que encontrar a ese guapo mozo, y, sobre todo, en donde no haya correspondencia en él... Volveremos a hablar de este asunto dentro de dos meses.” “Pues bien —terminó diciendo mi tío—; marchamos, como tú sabes, y no hubo necesidad de esperar los dos meses... Al cabo de seis semanas, Patrick había sido olvidado, y Cordelia no pensaba más que en ti. Y ahora, hijo mío, deja que te abrace... Cordelia es tuya, y espero que no te costará mucho conservarla... ¡Hazla dichosa, pardiez!...”

Y después de abrazarme hasta hacerme perder el aliento, se marchó, murmurando:

—¡Cuánta tontería! ¡Cuánta tontería!

VII

Mi noche de bodas.

Al regresar al castillo, Matilde, la mujer del viejo Surdon, me dijo que su ama me esperaba en su cuarto. Al entrar encontré servida una delicada cena con *champagne*, que no resultaba inútil, porque no habíamos comido casi nada, ya que teníamos que estar todo el tiempo repartiendo abrazos o agradeciendo felicitaciones.

La mesa estaba puesta en el tocador. La puerta de la alcoba de Cordelia estaba cerrada. Yo estaba hecho un estúpido. No me atrevía a llamar, y me puse a toser, contemplando, como un tonto, el papel que yo mismo había pegado en los muros.

En aquel momento se entreabrió nuevamente la puerta y oí la voz risueña de Cordelia que repetía: “¡Dios mío, qué feo!... ¡Dios mío, qué feo!” Me volví también, riendo, porque entonces sabía bien que no Be trataba de mí.

Me quedé asombrado al ver a Cordelia todo envuelta en pieles.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¿te has resfriado?

—No me he resfriado, pero tengo frío. ¿No encuentras que hace un frío de nieve?

Creí que estaba bromeando, pues el día había sido verdaderamente caluroso para la estación, y en el tocador ardía un fuego de leña del cual habría prescindido de buena gana.

—Como sabes que esta piel de marta cebelina te sienta bien, haces la coqueta. No seré yo quien me queje, pero te vas a ahogar.

Ella me contestó tiritando y llamando a Matilde para que echara más leña en la chimenea.

Me puse triste, porque la creía realmente enferma.

—Te aseguro que no me pasa nada —dijo ella en el tono más natural posible—. Tengo un poco de frío. Esto le sucede a todo el mundo. No quiero que te aflijas; ¡no voy a decir que tengo calor cuando tengo frío! ¡Qué tirano!... ¡Bien empieza el matrimonio! —exclamó con aire burlón, abrazándome delante de Matilde, que no pareció alarmarse por ello, tan acostumbrada estaba a ver cómo nos abrazábamos desde hacía tanto tiempo...

Fue Cordelia quien puso a Matilde a la puerta y me preguntó en seguida:

—¿Qué es lo que papá te ha contado?... ¿Os habéis paseado más de media hora por el parque que tanto detestas?... ¿Qué es lo que te ha contado?

—Me ha contado cosas sin importancia. Cenemos. ¿No tienes apetito?

—¡Oh, sí!... Pero mira, puedes contarme todo lo que te ha dicho. He sido yo quien te lo ha enviado... Quería que lo supieses todo, querido Héctor, antes de subir a mi cuarto. *Puedes creer que todo eso no son más que tonterías...* ¡Héctor mío, di que me perdonas!...

¡Vaya si perdonaba!... ¡Querida, queridísima Cordelia!...

Ella prosiguió, mientras trinchaba la gallina trufada:

—Cuando ahora pienso en ello me encuentro completamente estúpida...; pero era un hombre tan extraño... Verdaderamente me había trastornado...

—No hablemos más de ello —le supliqué—; no hablemos más de ello.

—Deberías estar contento, Héctor, de que te hablase de estas cosas con esta tranquilidad... Esto demuestra *que estoy bien curada...*, y te ruego que creas que me alegra tanto como a ti... Mira, no hay que jugar con el psiquismo, el hipnotismo y la magia... Se suben a la cabeza y no puede uno dominarse. Es una verdadera enfermedad... ¿Cómo encuentras el fiambre? ¡Ea, échame *champagne!*... ¡Abrazame!... ¿En qué piensas? ¿Vas a ser tú ahora el que piense en Patrick?... ¡Qué efecto más raro me ha hecho pronunciar su nombre!

Volvió a estremecerse de nuevo.

—Te aseguro, Héctor, que debe haber alguna corriente de aire.

—¡No, vida mía; todas las puertas están cerradas!

—¡Una corriente de aire helado!...

Le castañeteaban los dientes. Me puse en pie, presa de una indescriptible inquietud, y, de pronto, ante mis ojos, la vi palidecer...

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?... ¡Cordelia, amor mío!...

—Ahora comprendo lo que es —dijo, envolviéndose más estrechamente en las pieles—; *¡es el retrato!*

—¿Cómo el retrato?

Sí; el retrato que me ha enviado Patrick, y que he mandado bajar a los sótanos...

—¿Y qué?

—Que el retrato *tiene frío...*

Esta frase era “chino” para mí, y mis ojos desencajados atestiguaban no sólo mi incompreensión, sino, también mi inquietud.

—Tú no lo comprendes ni puedes comprenderlo —dijo Cordelia con un hilo de voz—. Es lo que llaman *la exteriorización de la sensibilidad*. Afirman que sabios eminentes han hecho experiencias concluyentes acerca de ello. Así, por ejemplo, el célebre Rochas ha demostrado *científicamente* que es posible apoderarse de la sensibilidad de un sujeto, transportarla dentro de un vaso de agua y hacer padecer al sujeto hundiendo un alfiler en el agua del vaso.

Me puse en pie, asombrado ante la tranquilidad con que Cordelia me iba refiriendo lo que yo creía entonces verdaderas paparruchas.

—¿Te has vuelto loca, Cordelia?... ¿Es posible que creas en semejantes estupideces?... Habla..., habla... ¡Habla, por Dios!

—¡Tengo frío! —replicó con una voz mas, baja, lejana—. *¡Tengo frío en mi retrato!*... Veo que me voy a poner enferma si dejan el retrato en el sótano... Además, han hecho muy mal en bajar el retrato al sótano... El no debe estar contento.

Comprendí entonces, fuertemente apiadado, que mi Cordelia no estaba tan curada de su extraña enfermedad como pretendía, y con lágrimas en los ojos le propuse:

—¿En dónde quieres que ponga el retrato?... No quiero contrariarte por una tontería semejante.

—En donde quieras... En donde quieras..., pero no lo dejes en el sótano... Y, sobre todo, llévalo con cuidado...

—Comprendido; voy a buscarlo... —y me puse en pie, grandemente afligido.

—Perdóname, Héctor mío..., pero yo no tengo la culpa, ¿verdad?... Siento de veras que me hayan enviado ese retrato.

—¡Y yo también! —exclamé.

Bajé al sótano, furioso. Llamé a Surdon, y le ordené que fuese a traer el retrato, y en seguida le di contraorden, *pues después de lo dicho por Cordelia tuve miedo de que no lo llevase con todo cuidado...* Fui yo mismo quien bajó al sótano. Cogí aquel maldito cuadro y lo llevé al salón del primer piso, tomando precauciones, a pesar mío, para que no tropezase con las paredes ni los muebles. Algunos dicen (siempre ha habido gente mala) que me conduje como un chiquillo y como un tonto... Es posible... Pero ya hablaremos de ello... Ya volveremos a hablar de ello. El hecho es que Cordelia había ejercido siempre tal dominio sobre mí, que no pude menos de obrar como ella me había ordenado. Sin embargo, después de dejar el retrato apoyado al pie de un velador, abrí de par en par los balcones, lo cual no era, precisamente, lo mejor para calentarle. El aire de la noche, muy fresco, después de aquel hermoso día, entró en la habitación. No se me podía reprochar nada. Había llevado el retrato con todo cuidado, y ya no estaba en el sótano; esto era todo lo que me había pedido, y si Cordelia ya no tenía frío le podía curar de golpe de aquellas singulares ideas...

Cuando volví cerca de ella la encontré tiritando todavía dentro de sus pieles, y, mirándome tristemente, me dijo:

—¿Por qué lo has puesto en medio de una corriente de aire?... Estaba segura de que ibas a burlarte de mí... Has hecho mal, porque aún tengo frío... Trae el retrato

aquí; así estaré tranquila del todo...

—¡Dios mío! —exclamé—; sí; esto es lo mejor —y salí de nuevo, sintiendo amargamente haber calculado mal.

Debía haber puesto el retrato junto al fuego, y Cordelia, pensando maliciosamente que lo había dejado en un sitio frío, hubiese quedado confundida de una vez para siempre.

Naturalmente, cuando el retrato estuvo en el tocador, Cordelia declaró que ya no tenía frío, dejó caer el abrigo, y la contemplé en encantadora semi-desnudez. ¡Oh, qué linda mujercita tenía a mi lado!...

—¡Vida!... ¡Vida mía! —exclamé—, ¡no sabes lo bonita que eres!... Esto sí que es verdad... Esto sí que no son tonterías...; al abrazarte siento de veras que no abrazo a tu retrato.

—¡Y yo también!... ¡Vaya si lo siento! —dijo, riendo de buena gana—. ¡Como que me ahogas!...

La verdad era que la apretaba demasiado entre mis brazos, temblando de felicidad. Había vuelto a la más completa normalidad. La prueba de ello fue que me recordó, lo más amablemente del mundo, la realidad de la cena... Y nos pusimos de nuevo a comer con alegría y apetito. Bebíamos en la misma copa, como los enamorados. Sin embargo, advertido por la experiencia del retrato, tenía cuidado de que la conversación no recayera en el pasado. Nuestros proyectos para el porvenir, nuestro próximo viaje, hacían *los gastos* de nuestra charla.

—¡Qué felices vamos a ser! —exclamó ella.

—Sí, mi querida Cordelia. ¡Seremos muy felices!... ¡Muy felices!... Sólo hemos de pensar en nuestra felicidad —añadí.

Había sido demasiado, porque ella replicó:

—¿Y en qué quieres que piense, Héctor mío? ¡Ah, sí! —exclamó de pronto, fijándose en mi turbación—. Dices, esto a causa del retrato... Te confieso que me ha impresionado mucho... la presencia del retrato, porque aún no le he visto ni deseo verlo (*lo había colocado en un rincón, de cara a la pared*)...; pero todo ha pasado ya... en absoluto... ¡Oh, sí, en absoluto! Y cuando pienso en ello, *ahora que me encuentro bien*, veo que he estado un poco tonta.

Nada me podía dar más gusto que lo que ella estaba diciendo, y se lo di a conocer en seguida.

—¿Ves, vida mía? Tú misma confiesas que hace poco “no te encontrabas bien”. Las fatigas del día, la, necesidad de recobrar fuerzas... Tenías hambre, sencillamente...; he ahí la causa de tu aturdimiento y de tu destemplanza, puedes estar segura de ello.

—Creo que sí; estoy tentada de creerlo...

La abracé de nuevo por aquellas palabras confortantes..., pero creí preciso añadir, riendo alegremente:

—¡Y yo ya no temo a la exteriorización de la sensibilidad!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el rostro de Cordelia volvió a ponerse serio.

—Yo creo que de todos modos es un error reírse de estas cosas. Es posible que yo haya tenido ciertas ideas..., pero te repito que “la exteriorización de la sensibilidad” ha sido demostrada científicamente...; es el positivismo moderno quien ha encerrado el alma en el cuerpo, pero en la Edad Media...

—¡Ay, ay, ay! —pensé—; ¿ya volvemos a las andadas?... Nos hemos metido en la Edad Media.

—En la Edad Media —siguió diciendo Cordelia—, el alma se liberaba fácilmente de la carne...

—¡Pero, querida Cordelia, ya no estamos en la Edad Media!

—¡Qué hermosos paseos daba fuera de su cárcel!

—Sí, sí...; claro... Toma; vamos a partirnos esta fruta...

—¿Has oído hablar de hechizos?

—Jamás..., y no quiero saber nada de ello.

—Héctor, ¡qué tonto eres! ¡Chiquillo mío!... No es posible hablar seriamente contigo... Hay cosas que es preciso que sepas, a menos de ser un borriquito.

—¡Gracias!

—El hechizo figura en la historia de Francia..., y los descubrimientos modernos nos acaban de probar que no se trata de cosas fantásticas... Cuando se quería hechizar a una persona, se cogía una pequeña estatua de cera que se pareciese todo lo posible a la persona que se quería hacer desaparecer...

—¿Sí? Y entonces ¿que? —le dije, cogiéndola disimuladamente por el talle.

—Entonces, después de haber *naturalmente* exteriorizado la sensibilidad de aquella persona en aquella estatua, se atormentaba a ésta con un alfiler, y la persona moría.

—¿Estás bien segura de que moría?

—¿Si estoy segura de ello?... No..., no estoy segura...

—¡Tanto mejor! —exclamé, mirando a Cordelia con ardiente ternura.

—Pero hay personas que están seguras de ello, y que hasta pretenden que muchas muertes misteriosas de la Edad Media no pueden ser explicadas más que de este modo.

No me atrevía a preguntar quiénes eran esas *personas*... Estaba completamente desesperado de que la conversación se hubiese desviado de nuevo hacia un asunto que me resultaba odioso... De pronto se puso en pie, diciendo:

—Enséñame el retrato, que quiero verlo.

No hacía cinco minutos que había dicho que no quería verlo.

—¿Es preciso? —pregunté, sin disimular una emoción que hubiese querido hacerle compartir...

Pero, ¡ay!, ya no pensaba más que en el retrato, y, con una pena que sentiré toda mi vida, la vi inclinarse sobre el cuadro, volviéndolo hacia nosotros...

A pesar de no darle la luz, el retrato | apareció claramente en un extraño resplandor....

—¡Oh! —suspiró Cordelia—, ¡qué hermoso!

Estuvo unos instantes callada, y después me pidió mi aprobación.

—¿Verdad, Héctor, que es hermoso?

—¡Muy hermoso!... ¡Muy hermoso!...

No quería contrariarla, y, además, esta era mi opinión... Verdaderamente, no sabía qué actitud tomar... Cuando una mujer se remonta a las alturas, el menor gesto del nombre puede parecerle el de un ignorante... Sin embargo, me atreví a apretarle nuevamente la mano para recordarle que yo estaba junto a ella... Volvió la cabeza hacia mí, me miró con una dulzura encantadora, y después dijo, señalando la tela con en el dedo:

—Se podrá decir lo que se quiera, querido Héctor, del que ha hecho esto; se podrá decir que es un chiflado...; yo creo que está algo loco, pero no se puede negar que es un gran artista...

Y como yo tuviese la desgracia de no contestar en seguida, añadió:

—¡Pero di algo!... ¡En una palabra, *ha sido él el primero que ha sabido pintar el aura!*

—¡Muy bien!

—¿Qué es eso de muy bien?... ¿Tú sabes lo que es el *aura*?

—No.

—Entonces ¿por qué dices muy bien? Te voy a explicar lo que es el *aura*: es el resplandor que emana de cada uno de nosotros, perceptible para el alma arrebatada.

—¡Ah! ¿Es preciso que el alma esté arrebatada?

Cordelia separó mi brazo que la abrazaba. Tímidamente me contempló con tristeza:

—¡Ah, pobre Héctor!, no te burles de lo que ignoras... Piensa bien en toda la materia radiante; ¿por qué no ha de emitir radiaciones el cuerpo humano? Esa radiación no es sólo el alma arrebatada quien puede percibirla, sino también *ciertos ojos que han recibido el don de verla*, puedes estar seguro de ello. *Mira el retrato*. Además, la placa fotográfica nos restituye estos mismos rayos alejados del cuerpo de donde emanan y *del cual guardan alguna vez la forma*: esto es el *aura*.

—¿De veras, la placa fotográfica?... —dije, porque era preciso que dijera algo.

—¡Eres tú el único que lo ignora!

—¡Te suplico que me perdones por ello!...

—Ese fluido —prosiguió diciendo, terriblemente seria— no es otra cosa que nuestra *sensibilidad*, y más que nuestra sensibilidad, *nuestra vida intelectual*, que emana de nosotros, que se nos adelanta, que percibe las cosas antes que nuestro cuerpo... que hace pensar, yendo por la calle, en alguien a quien voy a encontrar cinco minutos más tarde, porque mi *aura* lo ha visto antes que mis ojos corporales... ¿entiendes?... ¿me comprendes, Héctor mío?...

—Sí, sí —afirmé, todo asustado del giro de las cosas—, empiezo a comprender...

—Pues bien, no es esto todo. Si tú supieras cuán interesante es todo esto en el fondo..., es la verdadera ciencia nueva..., la única que tendrá valor dentro de algunos años... Y es *aura*, mi sensibilidad, la tuya, es una fuerza que puede obrar a distancia y que *se puede hacer obrar a distancia*..., es un fenómeno bien conocido... En este último caso es lo que se llama sugestión... La sugestión es actualmente una cosa tan clara como una fórmula matemática, como que dos y dos son cuatro, por ejemplo. Por medio de la sugestión se han visto *auras* alejarse del cuerpo a distancias increíbles, y si no a desprenderse del todo, porque sería la muerte, por lo menos, llegar *a olvidarlo casi*.

Después de esta última palabra, que había pronunciado con una exaltación que me había literalmente aterrado, se puso de nuevo pensativa.

¿En qué pensaba?... ¿En qué estaría pensando?...

Me había dejado caer en una silla, y miraba a Cordelia, desolado; la veía de perfil, erguida, delante de aquel maldito cuadro. El ligero velo que recubría su espalda había resbalado, y veía su carne desnuda, su juvenil escote, la línea endeble de los brazos que se marcaba con una gracia suprema... Mi postración iba cambiándose poco a poco en una admiración que sólo deseaba exteriorizarse; me levanté con precaución, me deslicé hacia ella; como un ladrón, y la rodeé con mis brazos como para raptarla, y como si ya tuviese miedo de que me robasen aquel querido tesoro de belleza. Sorprendida, lanzó un ligero grito, y volvió hacia mí unos ojos extraños que no conocía y que me miraban como si no me reconociesen.

—¡Cordelia! —suspiré—, soy tu esposo..., te adoro...

Puse mis labios en los suyos, pero, ¡oh terror!, encontré una boca de mármol, y apenas le hube dado el beso cuando tuve en mis brazos una verdadera estatua. No tenía contra mi corazón más que un ser inanimado... o desprovisto de vida..., *pero cuya vida se había marchado a otra parte*. Cordelia dormía un horrible sueño cataléptico, apoyada en mi pecho. La llamé con los nombres más cariñosos..., le supliqué que contestase a mi voz... ¡No me oía! Que me devolviese mis besos. ¡No los sentía!... ¡Cordelia!... ¡Querida, queridísima Cordelia!... —decía sollozando—, ¿dónde estás?... ¿dónde estás?...

Y por fin, habiéndola colocado sobre la cama, en su fúnebre rigidez..., me puse a gritar y a pedir socorro como un loco...

VIII

Continuación de la noche de bodas.

Matilde y Surdon acudieron, y quedaron tan horrorizados como yo de ver a Cordelia en aquel estado de piedra. Todo lo que podíamos asegurar es que do estaba

muerta. No sé lo que intentamos. Matilde y yo, “para hacerla recobrar el sentido”, mientras Surdon iba en busca del médico más cercano. Llevamos a Cordelia, siempre dormida, al balcón. La volvimos a entrar. Ensayamos el frío, el calor. Le pusimos ladrillos ardientes en los pies: compresas heladas en la frente. Lo que nos asustaba, sobre todo, era sentirla en nuestros brazos, rígida como un palo, sin que nada fuese capaz de aflojar sus músculos. Antes me he servido de una palabra cuya potencia ignoraba exactamente. He dicho que Cordelia dormía sobre mi pecho su horrible sueño cataléptico. Y era verdad: pero no fui ilustrado acerca de lo que era la catalepsia hasta que me lo hubo explicado el médico del pueblo que trajo Surdon. Y aun no comprendí nada de lo que me daba, tino que era una enfermedad nerviosa, y que la criada había sido determinada por una gran fatiga corporal y espiritual, por las emociones excepcionales del día de la boda. Desde este punto de vista no nos enseñaba nada nuevo, pues así era como nosotros nos explicábamos el hecho. ¿A qué podíamos echar la culpa en nuestra Ignorancia, sino a la emoción y a la fatiga? Lo peor fue que aquel burro bautizado de médico, incapaz de despertar a Cordelia, después de haberle soplado a los ojos en vano, pareció quedarse perplejo... Quizá supiese más que nosotros, pero no podía hacer más de lo que nosotros hiciéramos. A nuestras excitaciones y a mis suspiros no supo responder más que diciendo: “Se despertará ella misma, lo mismo que se ha dormido.” Y me recomendó que tuviese paciencia. ¡Paciencia!... ¡Vaya una solución!... Le pregunté con angustia cuánto Hampo podía durar aquello. Me contestó con un movimiento de cabeza. Me horripilaba.

—Pero, dígame, ¿durará una hora, dos?...

—No se lo puedo decir... No se lo puedo decir.

—Sin embargo —grité exasperado—, ¿esto no podrá durar dos días?

—¡Oh! Se han visto casos..., aunque generalmente...

—¡Ah!..., le hubiese matado..., de hubiese matado... Y era, no obstante, un buen hombre; trató de tranquilizarme, de demostrarme que no era una cosa muy grave, de hacerme esperar que nos encontrábamos ante un fenómeno que, con algunas precauciones, no se repetiría, que se curaría, y por fin me recomendó que acudiese a un especialista de enfermedades nerviosas. Y dicho esto, me plantó.

Envié inmediatamente a Surdon, en el auto, a Ruán, para que trajese al doctor Thurel, célebre en todo el departamento, por ciertas curaciones notables que casi resultaban milagrosas.

Habían echado a Matilde fuera del cuarto, porque no habiendo producido efecto las cataplasmas, ni el médico, nos creía en poder del diablo y nos abrumaba con sus jeremiadas y exorcismos. Tuve que hacer toda clase de esfuerzos para impedirle que fuese a buscar al cura. ¡Qué noche de novios!

Al quedarme solo delante de la cama nupcial, en donde Cordelia extendía su cuerpo de estatua, me sentí menos dominado por la triste desesperación en que hubiese debido sumirse el espectáculo de mi querida esposa, que por una especie de

rabia casi infantil contra el destino que me jugaba aquella mala partida. ¡Dios mío! ¡Cuán digno de compasión resultaba! ¡Haber esperado tanto tiempo aquel momento para pasarlo enfrente de una mujer de piedra! ¿Por qué extraña fatalidad Cordelia se habla quedado dormida, en pie, en mis brazos, en el momento mismo de abrazarla? ¡Ah! ¿Era, en efecto, aquello, como decía mi tío, una verdadera tontería?

En mi horrible egoísmo, al saber que la vida de Cordelia no corría peligro alguno, lloraba mi desgracia antes que la de [mi] adorada esposa. La víctima era yo... He ahí lo que son los hombres, cuando ven frustrados sus planes, o cuando se les escapa el objeto de sus deseos: se convierten en brutos. Tengo vergüenza de mí mismo, cuando me veo en la alcoba en donde Cordelia y yo nos encontrábamos, “¡al fin solos!”. Debo decir, sin embargo, en honor mío, que poco a poco aquel ciego resentimiento que me sublevaba contra la naturaleza entera cedió al punto a una gran piedad y a una pena hacia la que no se despertaba.

A medida que se deslizaban las horas, una angustia creciente me ahogaba. Y acabé por velar a Cordelia como una muerta, arrodillándome ante aquel gran misterio, tan espantoso como el otro... ¡Pobre, pobre Cordelia mía!...

IX

El doctor Thurel.

Amanecía ya cuando Surdon llegó con el doctor Thurel. Había ido a buscar al ilustre médico en medio de una fiesta oficial. No tuvo necesidad de traerlo a la fuerza. El relato que le había hecho el criado le había decidido a dejarlo todo, sin tomarse siquiera la molestia de pasarse por su casa para cambiar de traje.

Le veré siempre llegar a la débil luz del amanecer, con su pechera blanca, y su cara pálida, sus ojos extraordinariamente descoloridos, pero cuya expresión no era posible olvidar una vez que se hubiese uno encontrado con aquella mirada toda llena de inteligencia.

Desde aquel día, la imagen del doctor Thurel no me ha abandonado jamás... ¡Traía tantas cosas nuevas para mí, al umbral de aquel oscuro drama en el cual empezaba a luchar... tanta luz, además!... Claro que no me quedé deslumbrado en seguida... Pero desde el primer instante me sentí conmovido hasta el fondo de mis tinieblas.

Cuando los hechos por sí mismos no hacían más que sublevar mi cólera, sin penetrar en mi inteligencia, supo, con unas cuantas palabras, abrirla a un mundo nuevo. Era un hombre que decía cosas sorprendentes, *pero siempre llenas de buen sentido*... Era preciso seguirle, y creerle, a menos de ser un tonto.

Examinó largamente a Cordelia, la auscultó, se irguió, y me dijo:

No es precisamente la catalepsia..., es lo que se llama “el sueño hipnótico rígido”... No tenga usted cuidado. Lo venceremos.

Volvió a inclinarse sobre ella, le sopló en los ojos, hizo gestos extraños; no parecía obtener más resultados que su colega del pueblo...

Sin embargo, cada experiencia inútil parecía satisfacerle.

—Evidente..., evidente —murmuraba.

¡Qué extraño! Todo lo que hacía, y hasta todo lo que no le daba resultado alguno, me inspiraba completa confianza. No dudé un momento que, gracias a él, saldríamos pronto de aquella triste situación.

Me llevó al tocador, para hacerme muchas preguntas. Me dijo que durante el camino había interrogado al criado, y que éste le había hablado del singular estado de ánimo en que se había encontrado su ama algunos meses antes del matrimonio. Me rogó que le dijese todo cuanto supiese, no sólo como a un médico, sino como a un confesor.

Entonces se lo conté todo: La historia del inglés y la del retrato, con todos los incidentes que con ellos se relacionaban, y cómo Cordelia había tenido “frío en el retrato”.

Quiso verlo; cuando lo hubo examinado, me dijo:

—Todo el mal viene de ahí, esto no admite duda. Su esposa, caballero, está bajo la influencia de ese Patrick..., pero puede estar seguro de que la libertaremos.

—Hace ya meses que no ha visto a ese Patrick...

—No importa, pues hay el retrato... *Por medio del retrato*, Patrick puede mucho... Con el retrato ha reanudado la cadena que le unía a ella.

Y a continuación empezó a contarme historias de exteriorización de la sensibilidad, al lado de las cuales resultaban chiquilladas las que me había contado Cordelia, y todo ello en un tono tan sencillo, y acompañado de explicaciones tan naturales, que hacían que no me asombrase de nada.

—¡Oh!... El Doctor Thurel tenía el don de convencer.

—De modo —repliqué— que la sensibilidad de mi esposa está realmente en ese retrato.

—En parte, sí. El cuerpo queda en un sitio, y la sensibilidad en otro. El cuerpo de los videntes, por ejemplo, no se mueve, y sin embargo, su sensibilidad, mejor dicho, *su personalidad visual*, se encuentra en el sitio que describen... de igual modo la sensibilidad de su esposa había sido transportada al retrato *por medio de la idea*.

—¿Cómo por la idea?

—Sí... la suya, obedeciendo a la de otro. Su sensibilidad se encontraba verdaderamente allí, pues la idea mandaba como soberana a la sensibilidad, *pudiendo hacerla padecer todos sus efectos*... El Doctor Charcot, el maestro de todos, ha hecho públicamente la experiencia de ello, aplicando sobre la piel de un sujeto una hoja de papel e inspirándole, la idea de que se le aplicaba un vejigatorio. Inmediatamente se produjeron todos los efectos del vejigatorio, se levantó una ampolla, etc. Le cito esta

experiencia porque es la más típica... y ya ve la conclusión que se puede sacar de ella...

De repente se detuvo; miró fijamente al retrato que había quedado en el tocador, y delante del cual, él, como todo el mundo, se había extrañado... Lo alzó del suelo, y sopló encima, *sopló con fuerza a los ojos del retrato...*

Después de dejar el cuadro se dirigió de puntillas hacia la alcoba, cuya puerta había quedado entreabierta, mientras me detenía con una seña. Miró hacia dentro; de pronto volvió hacia mí su rostro victorioso.

Se acercó, siempre de puntillas.

—Se está despertando —me dijo en voz baja—. No le hable de nada..., finja creer en un sueño normal... Yo no tengo nada que hacer aquí durante unas horas... Voy a descansar; no se ocupe usted de mí... Ocúpese de ella... ¡Ah!, tengo que decirle que si la abraza, *la abrace como un hermano...*

—¿Como un hermano?...

—¡Sí, sí, sea usted tierno y bueno con ella!, *¡como un hermano!* ¡Vaya usted hacia ella!...

Yo ya no le escuchaba... Estaba en la alcoba... Cordelia, con los ojos muy abiertos, parecía buscarme. Sin embargo, cuando me vio quedóse asombrada, como si no esperase encontrarme allí...

—¡Toma! —exclamó—. ¿Tú aquí?... ¿En dónde estamos?

—En nuestra alcoba, querida Cordelia.

De pronto vi ruborizarse sus mejillas, sonreír sus ojos y sus labios...

—¡Ah, sí! —suspiró...—, sí... ¡Ah, Héctor mío! *¡Qué hermosa noche!...* ¿Pero por qué no te has acostado al entrar? ¿Has cogido frío? *Hacía fresco a la orilla del río... ¡Qué locos hemos sido!...* ¿Es posible imaginar una noche de bodas semejante, a la luz de la luna? ¡Eh! ¿Qué tienes que decir de mi parque? ¿Conoces una cámara nupcial más bella?...

La escuchaba divagar, consternado... Sus primeras palabras: “*¡Qué hermosa noche!*” me habían herido en el corazón... ¡Ah sí! ¡Había sido hermosa la noche!... ¿Qué quería decir con su “conoces una cámara nupcial más bella”?... ¿Y por que, después de decir esto, miraba en torno, como si viese nuestra alcoba por primera vez? ¿De qué sueño acababa de despertar? No tuve tiempo de preguntárselo. La cabeza cayó de nuevo sobre la almohada, sus parpados se cerraron, y se quedó dormida, aquella vez, tranquila y naturalmente; sus labios exhalaban una respiración sana y regular, en medio de una sonrisa que hubiese tenido que encantarme, *pero que me hacia daño...* porque, ¿a quién sonreía?... ¿A quién?... No me atrevía, en mi desordenada pasión, a contestar a esta pregunta... Había salido de su primer sueño para caer en otro, sin darme tiempo de abrazarla, ni siquiera como hermano. ¿Qué paseo había sido aquél a lo largo del río?... ¿Y aquella cámara nupcial que yo no conocía?... Me encontraba solo de nuevo..., solo, al lado de ella... y me eché a librar, mientras ella seguía riendo... ¡Ay, qué desgraciado era!...

Así pasaron dos horas. Por fin llegó la mañana.

Con la frente apoyada en el cristal de la ventana, miraba despertar el campo, en torno mío, como una especie de pesadilla. Todo a mi alrededor parecía sueño y pesadilla.

La noche que acaba de pasar, aquella inverosímil noche de bodas, ¿había existido realmente? ¿Salía yo verdaderamente de ella con los ojos despiertos sobre las cosas que me rodeaban? Aquellos carros que pasaban por la carretera, ¿no serían sólo imágenes de carros? Estaba muerto de fatiga, y, sin embargo, comprendía que me sería imposible sumergirme en un descanso necesario a mi salud física y moral. Mi doloroso pensamiento no había estado jamás tan activo.

Y en torno de las extrañas palabras pronunciadas por Cordelia, entre sus dos sueños, mi pensamiento daba vueltas y vueltas sin cesar: “¿Por qué no te has acostado al retirarnos? ¿Qué —me preguntaba con rencor contra mi imaginación vacilante y estúpida—, qué hay de angustioso en ello? Cordelia ha soñado que ha dado un paseo contigo por el parque esta noche... He ahí todo”. ¡Sin duda! ¡Sin duda alguna! Lástima que el doctor Thurel no estuviese despierto... Tengo necesidad de hablarle... Le han alojado en el ala izquierda del castillo... Veo unas ventanas con las persianas cerradas. Verdaderamente, no miro más que hacia ellas...

Detrás de mí, Cordelia sigue durmiendo y sonriendo... Separo la vista de ella. No, no; no comprendo que pueda sonreír, ni siquiera en sueños, cuando yo soy tan digno de lástima... ¡Ah!, la ventana del doctor que se abre..., salgo de la alcoba, atravieso el patio y llamo a la puerta.

—Doctor, soy yo.

—¿Qué pasa?

—Duerme con su sueño normal. Descansa lo más tranquilamente del mundo, como si no hubiese pasado nada.

—Era de presumir, y todo marcha lo mejor posible.

—Doctor, antes de volverse a dormir ha pronunciado unas palabras...

—Dígame cuáles.

Se las repetí, y viéndole reflexionar profundamente, añadí:

—Debía acordarse sin duda de un sueño que tuvo cuando estaba en estado cataléptico.

—¡Un sueño!... ¡Un sueño!... ¡Es posible!... Pero...

—¿Pero, qué?

Hay otra hipótesis... que el estado de sugestión indiscutible en que se encuentra su esposa hace muy probable...

—¿Qué hipótesis?

—Podría ser que nos encontrásemos, *naturalmente*, ante el fenómeno que llamamos “exteriorización”...

—Ya sé, ya sé... Exteriorización de la sensibilidad...

—Perdón, aquí el fenómeno de la exteriorización de la sensibilidad vendría acompañado de otro, de la *exteriorización de la movilidad*.

—Pero si ella ha salido realmente de casa, ¿cómo explica usted que hable de un paseo que ha dado esta noche conmigo, que no me he movido ni con el cuerpo ni con el alma?

—Ya le he dicho —contestó el doctor— que no se trata en la ocurrencia... (textualmente dijo: *en la ocurrencia*, con una tranquilidad de sabio que no hacía más que aumentar, de momento, mi agitación), que no se trata del estado cataléptico propiamente dicho, porque entonces no se acordaría en absoluto *de lo que ha hecho*, sino del “estado hipnótico rígido”, del cual se sale a veces con recuerdos más precisos, pero también a veces con recuerdos confusos... Y que, evidentemente, hay recuerdos confusos...

—Lo cual significa —grité— que ella cree acordarse de haber salido conmigo, y que, *en realidad*, para hablar en nuestra lengua, se ha ido a pasear con otro... ¡Es horrible! ¡Es horrible!

—O sola... Cálmese...

Ya podía decir “cálmese, cálmese”, pero yo no me calmaba...

—Doctor, todo esto me parece horrible... ¿Es posible que se puedan hacer y soñar tantas cosas, estando el cuerpo dormido?

—¡Pobre amigo mío!... —contestó el doctor Thurel—. ¿No sabe usted que en el estado de sonambulismo, por ejemplo, un ignorante puede convertirse en sabio y pasar la noche ilustrando su *polígono* con literaturas diversas, y hasta aprendiendo lenguas extranjeras?... Eso es lo que se puede hacer durmiendo.

—¿Qué es eso de *polígono*?

—Ya hablaremos de ello otro día, porque nos llevaría muy lejos...

—Entre tanto, hay una cosa que comprendo perfectamente, y es que mi esposa está atacada de una terrible enfermedad...

—¡Amigo mío, no se desespere de ese modo! —exclamó el doctor con voz firme—. *Una enfermedad del pensamiento, puede ser curada por el pensamiento*. Tenga confianza en mí, y acompáñeme junto a su esposa...

Cordelia acababa de levantarse. La encontré envuelta en un *kimono*; los cabellos en desorden, los ojos como abotargados por el sueño, delante de un espejo, sacando la lengua. En cuanto me vio, se arrojó en mis brazos, gritando con voz risueña:

—¡Ah, maridito mío!

Y de pronto preguntó:

—¿*Quién hay en el cuarto de al lado?*

No había ruido alguno. El doctor Thurel había entrado de puntillas y yo había cerrado otra vez la puerta.

Estaba tan asombrado que no contesté. Ella siguió diciendo:

—¿Es alguno de tus amigos? ¿Por qué no me lo presentas?...

Se olvidaba del sitio en que se encontraba, del traje que llevaba, de todo... Se dirigió a la puerta con paso seguro, la abrió suavemente, vio al anciano en traje de etiqueta; no se asombró de ello, sonrió, y, avanzando hacia él, le tendió la mano.

—El doctor Thurel —dije yo— es, en efecto, un amigo mío, Cordelia; el mejor, el más seguro de los amigos.

—¡Pero si yo he oído hablar mucho de usted! —exclamó ella—. ¡Qué contenta estoy de conocerle!...

Y se sentó a su lado... El había conservado la mano de ella entre las suyas... Sus ojos no se separaban de los de Cordelia, y la mirada de mi esposa parecía clavarse en la del doctor.

—Déjenos —me dijo en voz baja—. Es preciso que le hable.

Les dejé solos, y bajé al jardín, presa de una nerviosidad que me hacía castañetear los dientes.

Transcurrieron diez minutos, que me parecieron interminables...

Por fin se presentó Thurel, radiante.

—Sea enhorabuena —dijo el anciano.

—¡Doctor, doctor! —exclamé loco de alegría—. Si es así, ¿cómo podré expresarle mi agradecimiento?

—¡Bah! ¡deme usted el retrato!... Lo pondré en mi galería...

Le di el retrato, Dios sabe con qué alegría...

X

Descubro en Cordelia una nueva mujer.

Al principio creí de veras no tener más que motivos de alegrarme, porque así como lo había prevenido aquel hombre admirable, Cordelia, después de marcharse el doctor, se mostró de espíritu libre y enteramente normal.

Se hubiese dicho que no había pasado nada extraordinario. Cuando bajó, con un ligero traje, y se colgó de mi brazo con un gran abandono, el viejo Surdon y Matilde la felicitaron por su buen aspecto, y me dieron a entender con sus señas que les parecía que todo marchaba bien. Surdon quiso ensillar el “Trueno”, el “Monarca”, o enganchar la *charrette* inglesa para que diéramos un buen paseo antes de almorzar, pero Cordelia se opuso. Su deseo era marchar por los campos colgada de mi brazo.

—Hoy no tenemos necesidad de caballos —me dijo, arrastrándome y apretándome dulcemente la mano—. No tenemos necesidad de nada ni de nadie. No nos ocupamos más que de nosotros. Tengo tantas cosas que decirte, *ahora que soy tu mujer*.

Esta última frase fue pronunciada con una voz grave y profunda que yo no conocía aún; y no pude menos de estremecerme al mirar a Cordelia.

Después de decir aquello, alzo hacia mi unos ojos cuya expresión me pareció tan nueva como la de su voz. Leí en ellos, sin temor de equivocarme, una ternura y un agradecimiento llenos de emoción que me trastornaron sin que supiese exactamente la razón de ello; por lo menos, de momento, no podía analizar lo que pasaba en mí,

aunque era seguro que me encontraba bastante preocupado, pues en efecto, aquellas palabras, aquel impulso singular de una muchacha hacia aquel que ya es todo para ella, aquella emoción temblorosa y reconocida, esperaba de seguro encontrarlos algún día en mi querida Cordelia, pero no después de las horas que acabábamos de pasar.

A decir verdad, me sorprendió aquello más allá de toda expresión...

El paseo que dimos, la conversación que tuvimos mientras almorzábamos, el dulce abandono con que me confió, apoyada en mi pecho, sus proyectos para el porvenir y hasta sus ideas propias relativas a la educación de los niños, todo ello no sirvió, ni mucho menos, para borrar en mí aquella singular impresión de que me encontraba enfrente de una nueva Cordelia, que no tenía nada que ver con la chiquilla de la víspera. Me había puesto pálido.

Ella lo advirtió, y se preocupó en seguida de mi emoción:

—¡Héctor mío! ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo? ¿No me contestas?

La besé en los cabellos, diciéndole:

—¡Te adoro!

Mi corazón palpitaba, a punto de estallar... Ella se dio cuenta.

—Ya me lo figuro que me adoras —dijo—, y además tu corazón me lo dice... Escucha tú mi corazón, y oirás cómo te quiere...

Y cogiendo mi cabeza entre sus dos manecitas, la puso sobre su pecho palpitante, e gesto tranquilo de una esposa que da a su esposo lo que le pertenece.

—¡Ay, Héctor mío!... Sentir así nuestras dos palpitaciones...

Yo no podía más...

Siguió diciendo, mientras me acariciaba los cabellos:

—¡Qué noche! ¡Qué hermosa noche!... ¡Ay, Héctor, cómo me has comprendido! ... ¡Has estado sublime, Héctor mío!...

No sé si debí parecerle sublime, pero me erguí brutalmente... Debía tener un aspecto de salvaje. Me miró con inquietud...

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada..., nada..., ya pasó..., un poco de neuralgia...

—¡Ay, amor mío!... Es la fatiga... Es que tú no has dormido.

—No, en efecto, no he dormido...

Debías haberte acostado, ya te lo dije, cuando volvimos de nuestro paseo por el parque...

—¡Ah, sí! El paseo por el parque ¡Ah, sí!

—Pero, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada, ya te lo he dicho... un poco de dolor de cabeza...

—¡Ea!, sé razonable... Es preciso que descanses un poco, Héctor mío...

Tuve que ceder... Me acompañó a la puerta de la alcoba. Me dejé empujar por sus manecitas... ¡Cosa increíble!... No la retuve. Se marchó, y yo me arrojé sobre la cama como una bestia que se tumba al suelo. Pronto, para acabar de pensar en cosas que me parecían espantosas o absurdas, me quedé dormido.

Caía la tarde cuándo me desperté completamente bien; siempre tuve un sueño fácil... Una buena ducha acabó de devolverme toda mi sangre fría. Mientras dormía, llegó mi tío. Venía de Caen, y salía la misma noche para París. Comprendí perfectamente, a las primeras palabras que me dijo, que ignoraba todo lo sucedido durante la noche anterior. Surdon y Matilde, viendo “que todo marchaba lo mejor posible”, no habían juzgado necesario tenerle que poner al corriente... No pude menos de aprobar su conducta.

Había ido a dar un corto paseo con Cordelia, que, a su vez, mostraba el rostro más feliz del mundo...

—¿Has descansado bien, Héctor mío?... —dijo echándose en mis brazos—. ¿Se te ha quitado ya ese dolor de cabeza?

Le devolví el beso con emoción...

Mi tío, al contemplar aquel espectáculo, se reía. Quiso cogerme aparte para expresarme toda su satisfacción:

—¿No te lo decía?... Eres el más feliz de los hombres, y ella la más feliz de las mujeres... *Me lo ha dicho ella misma. ¡Te felicito, picaronazo!...*

¡Ah, le hubiese matado! ¡De veras le hubiese matado!... No me dejó tiempo para ello... Nos abrazó, y marchóse repitiendo: ¡Qué guapos son los dos!”.

XI

Mi segunda noche de bodas.

He tenido gran cuidado de recorrer lentamente todas las etapas de esta extraña historia, para que aquellos que quieran juzgarnos, *después de los jueces*, estén tan enterados como yo, y queden definitivamente fijadas las responsabilidades, mía y *del ladrón más grande del mundo*. Si me siguen paso a paso me comprenderán, y será permitido a toda persona de buena fe y mediana inteligencia medir la inmensidad de mi desgracia.

Llego ya a mi segunda noche de bodas, que va a arrojar sobre los sucesos de Vascoeuil, y sobre los que les siguieron una luz que algunos calificarán de sobrenatural, y que estoy obligado, ¡ay de mí!, después de lo que sé, de lo que han visto mis ojos, a declarar lo más natural del mundo. Esto es, por lo menos, lo que afirmo hoy; pero entonces navegaba en plena oscuridad, y ya se verá hasta dónde tuve que ir para llegar a la evidencia.

Cordelia quiso terminar el día con una pequeña cena en la intimidad de su tocador, como lo habíamos hecho la noche anterior, y no era yo, seguramente, quien podía tener la idea de oponerme. Todo lo que me aproximaba a mi esposa me daba la esperanza, sin cesar renovada, de que llegaría a expulsar, de una manera definitiva, los espejismos que todavía me separaban de ella. He dicho *espejismos*, porque me

había hecho a esa idea cuando la segunda noche me senté a su lado, delante de nuestra mesita.

¿Y cómo hubiese podido ser de otro modo? ¿Cómo no agarrarme a esta palabra, si se considera por un instante el abismo en que mi pobre desesperado pensamiento había estado suspendido, en el transcurso de aquella inquietante jornada?... Recordad... Recordad la actitud inesperada de mi Cordelia agradecida y cariñosa... ¡Espejismos! ¡Nada más que espejismos! Os invocaba como salvadores, ¡oh, espejismos!, y también a ti, mal menor, imaginación enferma, ardiente, pero poética, de mi bien amada. Sí, sí, todo aquello no era más que poesía... Quería persuadirme de ellos. Y no quería acordarme más que de las palabras tranquilizadoras del doctor Thurel: “Está libre por completo... Está curada.”

¡Dios mío! Cuando la recuerdo tal como la vi aquella segunda noche, en torno de nuestra cena íntima, sirviéndome como a un niño mimado, previendo mis menores deseos, atizando el fuego para que no cogiese frío, afectando graciosas muecas autoritarias y dominadoras de enfermera, que nos hacían morir de risa, no puedo menos de exclamar: “Así era como Dios la había hecho y me la había entregado... ¡Querida Cordelia, mi queridísima Cordelia!”

Antes de que ella hubiese encontrado *al ladrón*, era una muchacha, natural, de espíritu claro y alegre, algo maliciosa y terca, puesta en el mundo para la felicidad del marido que hubiese hecho la suya. Yo os lo aseguro: no era preciso ser águila para conseguir aquella dicha. Era preciso solamente ser un hombre sencillo y bueno, por lo menos así lo creo todavía, y no creo que se me demuestre lo contrario. Yo me entiendo. Se trataba también de amarla. ¿Y quién la ha amado más que yo? ¿Y quién ha sido amado de ella más que yo? ¿*El ladrón*? ¡Oh, Dios mío!... Decidme vosotros, los que lo sabéis todo, ¿la paloma que se quedó fascinada, amó al gavián que encontró en el camino del nido?...

Pero volvamos a nuestra cena...

No sé con qué motivo Cordelia se burló de mí. Yo he tenido siempre un carácter bondadoso; me he dejado siempre importunar sin enfadarme, cual un perro manso que se deja tirar de las orejas por las personas que quiere. Ya comprenderéis, pues, que Cordelia podía hacer lo que quisiera de mí...

... Pero de pronto me puse en pie con grave aspecto de ferocidad, y me dirigí hacia ella rechinando los dientes como si me hubiese jurado comerla viva. Ella echó a correr alrededor de la mesa, reventando de risa. En cuanto a mí, mientras la perseguía, me esforzaba en conservar mi seriedad y el aspecto más terrible que nunca... Ella acabó por simular el espanto como yo el furor, si se piensa cómo, durante nuestra carrera alrededor de los muebles, el ligero velo que recubría a mi Cordelia se alzaba, se ensanchaba y hasta se desgarraba para dejarme ver algún nuevo encanto, se comprenderá que aquel juego me resultase el más hermoso del mundo, y que no pudiera capturar a la fugitiva, aprisionándola entre mis brazos.

Se había refugiado en un rincón de la ventana, y allí fui a buscarla. La cogí, pero en seguida me sorprendió no oírle reír. Bajé mis ojos sobre su rostro. Ya no presentaba su aspecto de jovencita; me miraba con una emoción grave, pero llena de amor; estoy seguro de ello. Sentí su joven pecho latir sobre mi corazón. La apreté entre mis brazos, prodigándole los nombres más cariñosos.

—¡Oh, Héctor mío! —suspiraba—. ¿Has visto el parque? ¡Mira qué hermoso está! ¡Qué hermoso!...

Y sus ojos ya no me miraban. Se había vuelto hacia el parque, que a través de los cristales aparecía fantástico a la luz de la luna. La noche era de una claridad, de una transparencia de ensueño. Los elevados árboles, ya desprovistos de hojas, se erguían cual inmensos candeleros de plata, cuyas sombras, de una nitidez asombrosa, se prolongaban como pinceladas encima del césped y de las alamedas llenas de luz.

En el fondo estremecíase toda la misteriosa oscuridad del parque, en donde yo no había penetrado jamás, y en donde veíase la luna inmóvil, brillante y fría.

Quise apartar los ojos de Cordelia de aquella visión funesta, llevándolos hacia las cosas de nuestra alcoba. Sus manecitas me apartaron, y volvió a apoyar la frente sobre los cristales.

Se me preguntará: “¿Por qué no la obligaste a apartarse de la ventana y del espectáculo peligroso del parque a la luz de la luna?”. A lo cual contestaré diciendo: “Que dejen de leerme los que no comprendan que a veces tiene más fuerza el dedo meñique de una chiquilla que la pata de un elefante.”

¡He ahí mi contestación!

Los sabios, o los que se llaman tales, no han dado quizá nombre todavía a esta verdad “psíquica”, pero si se tomasen el trabajo de examinarla, de medir su fuerza por $a + b$ y de adornarla con algún nombre griego o latino, tal vez se asombrarían menos de ver el *aura* de una joven, a punto de casarse, obedecer a la sugestión de un pseudo-mago, que de comprobar que una masa de carne y hueso de ochenta kilos (en aquella época yo pesaba exactamente 79 kilos 400 gramos) no pesa siquiera lo que un suspiro de un recién nacido en el hueco de la manecita de la joven en cuestión. ¡Sí! ¡Sí! Ahí está, en toda su brillantez, el fenómeno de la levitación. ¡Ah! Después de lo que he visto comprendo que *nada pesa tanto como el espíritu*.

Es posible que aquella noche éste me faltase. Nadie podrá decírmelo. En la vida se hace lo que se puede. Y yo no podía nada contra la voluntad de Cordelia, que quería seguir junto a la ventana. Entonces fue cuando empezó a revivir en voz alta su noche anterior, y cuando yo empecé a sufrir, al escucharla, el dolor más grande de mi vida. Vais a comprender inmediatamente el por qué, o, por lo menos, así lo espero.

“La manecita había ido a buscar disimuladamente la mía, arrastrándome cerca de ella, dentro de la aureola lunar. Había apoyado su cabeza sobre mi hombro, y debíamos tener cierto parecido, detrás de los cristales y vistos desde abajo, con esas parejas de santos pintados en las vidrieras, que decoran e iluminan los ábsides. Anoto esta observación porque entonces la hice, lo cual demuestra que en mi interior

encontraba que estábamos algo ridículos, pero que prueba al mismo tiempo, que no presenté resistencia alguna.

“¡Ah!... La pobre y querida Cordelia hacía de mí todo, todo lo que quería. “¿Quieres, Héctor mío, que vayamos a pasear por el parque como ayer?” “Como tú quieras, Cordelia mía.” “Sigamos esta alameda (no nos movíamos de la alcoba)... Tomemos hacia los álamos... (Aquí frases muy curiosas acerca de lo que cantan los álamos cuando el viento sopla en su ramaje)... sigamos por la orilla del agua (otras frases extrañas, recortadas en estrofas, acerca del corazón flotante del nenúfar y las pequeñas cunas de las hadas que se deslizan por el río). Por este sendero llegaremos a la cámara del amor.”

—¿Qué cámara de amor? —no pude menos de preguntar.

—¡Bien sabes cuál, Héctor mío!... La cámara que Dios ha hecho para nosotros, toda de oro.

Y en seguida me hizo una descripción acabada de la cámara toda de oro... No sabría reproducir los términos de que se sirvió Cordelia para hablarme de ella. Además, a partir de aquel momento, su lenguaje pareció abandonar la tierra para convertirse en una especie de música propia Para ser comprendida por los ángeles o por Poetas, que no encuentran jamás dificultades para hallar sentido a las palabras menos usadas en la conversación. Prescindiendo de aquella ideal melodía vertida por los labios de mi amada, mi buen sentido natural volvió a sus justas proporciones el palacio de ensueño por el cual me paseaba, desde hacía unos instantes, la imaginación de Cordelia. Comprendí que aquella alcoba, toda de oro, no era ni más ni menos que algún pequeño claro en forma de cuna, abrigado por hermosos árboles, que habían dejado caer en el suelo la espesa alfombra de sus hojas doradas por el otoño.

Lo que empezó a hacer más dolorosa mi pepa fue que toda aquella poesía, que acompañaba al paseo hacia la alcoba, se pronunciaba en inglés... Cordelia y yo hablábamos perfectamente el inglés, pero no lo usábamos jamás en nuestra conversación. Mi doloroso asombro llegó al colmo cuando Cordelia me pidió lo más seriamente del mundo, que le recitase, como según parecía había hecho la noche anterior en la alcoba de oro, estrofas de *Lara* o del *Corsario*. Debí abrir los ojos muy estúpidamente, puesto que Cordelia, haciéndose más apremiante, me dijo: “¡Vamos, vamos, Héctor mío!... No te hagas rogar... ¡Vamos!... Es tan bonito, tan conmovedor, tan hermoso... Y después acabarás recitando la despedida de *Childe Horald* a su patria, ¿te acuerdas? *Adiós, adiós, playas donde nací... Adiós, adiós, mi pequeño paje... y mientras tú recitas, yo, como ayer, apoyaré la cabeza sobre tu corazón para oír tu voz encantadora dentro de tu pecho*”...

Y así lo hizo, inmediatamente... Pero yo levanté su cabeza entre mis temblorosas manos, y la obligué a mirar mi rostro, que, sin duda, debía dar miedo, puesto que ella se alarmó al instante, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa?...

—¿Qué me pasa? Pasa sencillamente que no he sabido jamás de memoria ni un solo verso de Byron ni de nadie, y que no he leído jamás el *Lara*, ni el *Corsario*, ni el *Childe Harold*.

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?

—¡Digo que no fui yo quien estuvo contigo en la alcoba de oro!

—¡Cállate, desdichado, cállate!

—¡Digo que no fue sobre mi pecho en donde apoyaste la cabeza, Cordelia mía!...

Me detuve. Era ella, entonces, quien me aterraba; era su aspecto lo que me llenaba de espanto... Sus ojos me miraban con un resplandor extraño, como si de pronto me descubriese. Su boca lanzaba un estertor inesperado y de repente prorrumpió en un grito del alma que agonizaba y trataba de agarrarse a las cosas terrenas: “¡Sálvame, Héctor mío, sálvame!”.

Sí; ella lanzó ese grito; lanzó hacia mí aquel grito supremo que demuestra que era mía, mía solamente. Os aseguro que no ha sido más que mía... *El ladrón*, diga lo que quiera, no es más que un *ladrón*. Por muy orgulloso que se haya presentado ante el Tribunal, todo el mundo ha comprendido la verdad, cuando *decía que su corazón era de él*. ¡Lo había secuestrado! ¡Qué infamia!

Al llamamiento desgarrador de Cordelia: “¡Sálvame, Héctor mío, sálvame!”., contesté con un impulso de suprema alegría: “¡Sí, sin duda alguna... mi amor la salvaría de todos aquellos horribles espejismos!” Mis fornidos brazos no tuvieron que hacer, entonces, grandes esfuerzos para arrancarla de aquella maldita ventana. No pesaba más que una pluma. Su cabeza, con el pelo suelto, rodaba, adorable, sobre mi pecho. Aquella mezcla de espanto y de amor que estaba pintada en sus facciones me embriagaba con una fuerza singular. Creí ser, por fin, el dueño de aquel espléndido abandono amoroso y estremecedor, y apoyé mis labios en los de Cordelia.

Me hizo en seguida el efecto de que la había matado y que besaba un cadáver...

Como la noche anterior, sólo tenía en mis brazos una estatua.

XII

La alcoba de oro.

Esta vez no llamé a nadie. Estaba dominado por una cólera serena, por una desesperación sombría, que no tenía necesidad alguna de testigos. Llevé a Cordelia a la cama de nuestra alcoba, y una vez allí me puse a contemplarla, mordiéndome los puños de impotente rabia. Recordé todo lo que el doctor Thurel me había dicho de aquel estado en que veía su cuerpo inmóvil, y ya no dudé, después de lo que había oído de labios de Cordelia, de que el espíritu que poco antes animaba a mi esposa entonces inerte, *no hubiese partido hacia otro sitio*. ¿Hacia dónde? ¿Acaso era difícil adivinarlo? ¿En el momento mismo en que se me había escapado no se dirigía ya a

todo vuelo hacia aquella alcoba nupcial que yo no conocía, y hacia la cual una fuerza independiente de su voluntad y de la mía parecía atraerle con una potencia que inútilmente había tratado de romper con un beso?

Y más aún, ¿no parecía que había bastado que mis labios se uniesen a los de Cordelia para que inmediatamente se renovase la catástrofe de la víspera?

Recordé entonces en la creciente cólera de mi pensamiento, todo fuego, las asombrosas palabras del doctor Thurel: “Sobre todo, no abrace a su joven esposa mas que como lo haría un hermano.” ¿Que querría decir?... Temblaba de horror y del mas terrible despecho. ¿Querría decir que cada vez que mi boca se acercase a la de Cordelia tendría que temer el horrible fenómeno, y que mi querida esposa no sería más que un bloque de piedra entre mis insaciables brazos?

Ante la idea de que fuese posible una sugestión tan diabólica, un furor inmenso se apoderó de mi cuerpo, y me sentí capaz de un Crimen contra el responsable de aquella sugestión, contra el miserable que me hacía sufrir mil muertes, sin contar el horrible ridículo que iba unido a una situación marital tan extraordinaria como la mía. De esto último me daba también cuenta perfecta, y no dejaba de extraer de aquel sentimiento un espíritu de venganza que acabó de enloquecerme.

Y tanto es así, que no pudiendo resolverme a continuar por más tiempo siendo espectador impasible y pasivo de una escena que no me ofrecía más que la imagen de un cuerpo sin vida, eché a correr hacia el sitio en donde sabía que en aquel mismo momento el espíritu de Cordelia, se paseaba con el *pensamiento de otro*.

Unos minutos más tarde atravesé, en el silencio inmenso de la enemiga Luna, que quizá veía cosas que permanecían inadvertidas a los ojos de mi cuerpo, la línea de árboles corpulentos que formaba como una cortina en el lindero del parque, en donde no había penetrado jamás. En cuanto hube atravesado la cortina de árboles, me encontré en una espesura tan extraordinariamente confusa que no supe al principio por dónde seguir, y recordé las palabras con que la describía Cordelia al hablarme de ella, llena de malicia para los que no la conocían y acogiendo sólo a los amigos del bosque y de la soledad. Era evidente que yo no resultaba un amigo de los bosques, porque a pesar de todos mis esfuerzos no conseguía desenredarme, y no avanzaba un paso. La espesura me tenía cogido, me retenía en sus millares de pequeños brazos, y hasta me pinchaba brutalmente con sus espinas. ¡Ah! La alcoba nupcial que se encontraba al fondo de ella estaba bien defendida. Por lo demás, Cordelia, en sus incongruentes charlas, me lo había advertido de sobra. Yo sabía que antes de acudir a aquel sitio, su espíritu había ido más de una vez con su cuerpo de carne y hueso, sin lo cual me imaginaba ¡tonto de mí! que no hubiera podido describírmela, tan perfectamente. Esta es otra de las ideas sobre las cuales he cambiado de opinión más tarde.

En fin, ¿por dónde se podía pasar? De pronto me acordé que la cámara nupcial bordeaba al río. Cordelia decía textualmente: “En la cámara nupcial hay el gran espejo del río, con el marco de oro y la superficie plateada por la luna. Uno se ve en

él de pies a cabeza; gracias a él no se está solo jamás. Cuando se cree ser uno sólo, son dos; cuando se cree ser dos, son cuatro. Es preciso que te fijes bien en ello.”

Y entonces me dije: “Siguiendo la orilla del río, estoy seguro de llegar a la cámara nupcial”, y marché hacia ella por la avenida de los álamos.

Al principio no tuve más que motivos de alegrarme de mi idea, y mi camino, durante algún tiempo, estuvo bien marcado; pero mi marcha empezó a retrasarse cuando hube dejado atrás los álamos, y pronto tuve que vencer grandes dificultades para seguir la orilla. Había desaparecido todo camino, y tuve que ir agarrándome a las ramas de los sauces, para no caerme al agua.

El Andelle, que pasa por Vascoeuil, es un río modesto, que no es posible emplear para llevar embarcaciones a la sirga, y cuyas orillas no son frecuentadas más que por alguno que otro pescador que acude allí a saborear las dichas de la soledad entre los cañaverales.

Sin embargo, deslizábase aquella noche con tan apacible encanto, entre frondosas orillas, mirando tan coquetonamente los plateados copetes de las plantas náuticas, en medio, de una naturaleza selvática llena de sonrisas, gracia y voluptuosidad (la misma luna me sonreía extrañamente en las aguas del río), que, a pesar del funesto horror que me agitaba, me sentí impresionado Por aquel encanto, y detuve un momento la marcha para gritar: “¡Te comprendo, Cordelia mía!”.

¿Qué es lo que comprendía? ¿Iba a contagiarme también de su enfermedad? ¿Era una cosa tan sorprendente aquel parque a la luz de la luna, para que mi espíritu tuviese que quedar impresionado para siempre, debiendo preferir para la noche de bodas aquel selvático retiro al delicado nidito que me había costado más de quinientos luses en casa de W... de la plaza Vendôme?...

Pero, en ¿dónde estaba aquella cámara nupcial?... De pronto la percibí a lo lejos, o, mejor dicho, la adiviné: tenía que ser aquella especie de rotonda que, a la luz del día o del crepúsculo, debía parecerse a una cuna de oro; milagro del otoño al borde del agua murmuradora...

Desde aquel momento empecé a avanzar con grandes precauciones... Me deslizaba entre la hierba y las ramas, como el salvaje que sigue una pista; no me daba cuenta de los pinchazos de las espinas, y retenía la respiración... ¡Todo ello para sorprender a dos espíritus que se habían dado cita en un claro del bosque!

No sé si podréis daros cuenta de lo enorme de ello; en cuanto a mí, realizaba aquellos movimientos del modo más inconsciente y más natural. Comprenderéis que yo no razonaba, pero que, obedeciendo al movimiento expectante que me había impulsado a la persecución del fugitivo espíritu de Cordelia, y sufriendo al propio tiempo la influencia de las explicaciones extrañas, aunque científicas, del doctor Thurel, obraba en todo y por todo como el más vulgar de los maridos engañados, y procuraba no cometer ninguna imprudencia que pudiese advertir a los culpables, impidiéndome conseguir la prueba de mi desgracia.

¿Bajo qué forma, iba a presentármese aquella prueba? Claro que yo no sabía nada, y ni siquiera me lo preguntaba a mí mismo, pero estaba tan seguro de que iba a averiguar algo por medio de alguno de aquellos fenómenos psíquicos con los cuales el ilustre doctor me había atiborrado la memoria, que me quedé completamente desconcertado, cuando al llegar a penetrar, con todo sigilo y a cuatro patas, dentro de la cámara nupcial, no vi nada más que una atmósfera transparente y nítida como el cristal, atravesada por deslumbradores rayos de luna que habían transformado la cámara, todo de oro, en una cámara toda de plata.

No era por eso menos bella, pero ya comprenderéis que el paisaje y el encanto de la cuna campestre eran en aquel momento lo que menos me preocupaban. ¡Vacía y en silencio! Me puse en pie, y estuve unos instantes jadeante ante aquella soledad. ¡Vacía y en silencio!

¡Y ellos quizá estaban allí!

Y yo, con mis ojos corporales, no podía verlos... ¡Era horrible!

Miré estúpidamente las cosas; giré en torno de ellas, deslizándome en la sombra de los árboles, como una verdadera sombra, en busca de otras dos sombras.

De pronto me eché a reír. ¡Me encontraba horriblemente estúpido!

Pero, entonces, si me encontraba tan completamente insensato, ¿por qué mi risa era tan falsa? ¿Por qué se detuvo de repente en mi seca garganta, en el preciso momento en que un poco de luz y otro poco de sombra habían temblado encima de un musgoso banco de piedra, en el fondo de la cuna? ¿Por qué avancé hacia aquel banco, agachado y con los *puños cerrados*? ¿Qué pretendía hacer con mis puños, mis grandes puños de boxeador? ¿Luchar con la luz? ¿Dar un puñetazo a un rayo de luna? ... ¡Pobre de mi, y pobre de todos! ¿Por qué hay gentes que ven y otras que no ven? Me parece que si viera tendría menos miedo... ¡Porque ahora tengo menos miedo! ¿Miedo? Miedo ¿de qué?... ¡Ay!, ¡de lo que voy a ver, porque si todavía no veo, ya oigo!...

XIII

El ladrón.

Oía una especie de murmullo, de dulce murmullo. Estaba lejos aquello todavía, pero seguramente era humano, y se iba acercando..., pero se acercaba, sin embargo, sin hacer ningún otro ruido..., ¡y eso era lo que me asustaba!... Esperaba oír crujidos de ramas y de hojas secas bajo las pisadas de los que venían; pero nada, nada se oía en el gran silencio de la noche pálida, nada más que aquel murmullo humano que parecía flotar en el aire, no lejos de mi, y que se acercaba, se acercaba... Ya no pensaba en el banco; le había abandonado. La voz, muy dulce, se hacía más y más

clara, tan clara que creí percibir algunas silabas; silabas que me hicieron estremecer de pie a cabeza, y me echaron dentro de la espesura, para ocultarme en ella.

¡Pronto! ¡Pronto! Porque la voz se acercaba más y más... En aquel momento parecía llevada por el agua; instintivamente me volví hacia el río. Una palabra, una terrible palabra llegaba a mis oídos a través del agua, y era una palabra inglesa, la palabra *love* que significa amor.

No estaba lejos de la orilla; de pronto vi inclinarse las cañas y apretarse las innumerables hojas de nenúfar, y sobre la superficie plateada del agua, deslizarse silenciosamente una barquichuela hasta llegar al borde de la cámara nupcial.

En aquella frágil embarcación había un hombre que reconocí, primero, por los latidos furiosos de mi corazón, y después, por sus ojos extraños, ojos de gato melancólico, que parecían iluminar un rostro pálido. Le reconocí, además, por otros detalles. Llevaba aquel traje ancho, muy abierto en el escote, sujeto más arriba del talle por un cinturón, aquel mismo traje que llevaba la noche que le vi por primera vez. Iba también sin sombrero, como aquella noche, con el pelo echado hacia atrás, dejando al descubierto aquella despejada frente de marfil que apoyó contra la reja...

Mi primer movimiento fue precipitarme sobre él. Tenía toda clase de razones para arreglar definitivamente mis cuentas con aquel individuo. Su presencia en mi parque, en mi casa, me concedía todos los derechos; llegaba al colmo su audacia y su crimen de amor, que explicaba, lo más natural y criminalmente del mundo, los fenómenos de que mi pobre Cordelia era la víctima. Si la intervención del doctor Thurel había sido inútil, *era porque la causa del mal estaba muy próxima*, rondando en torno nuestro, ¡rondando en torno de ella!... Desde hacía dos días, el miserable no debía haber abandonado aquel intrincado refugio, o no había salido de él más que para acercarse a Cordelia, cogiéndola, sorprendiéndola, recobrándola con su mirada que lo penetraba todo, y llevándosela consigo, como un ladrón, al fondo de su cubil. ¡Ay! ¡Ay! ¿Por qué no terminé aquella noche con el secuestrador del corazón de Cordelia? ¡Porque estaba allí, en carne y hueso, aquel ladrón! ¡Y sólo Dios sabe lo que yo podía hacer de él con mis puños, a pesar de sus ojazos de gato melancólico!

Estaba solo, solo en el bote.

¡Héctor! ¡Héctor! ¡No mires a lo lejos! ¡Ella está junto a él!... ¿Por qué está allí? ¿No la ves?... ¿No la ves?... Y, sin embargo, tú sabes perfectamente que está sentada en el fondo de la barquichuela.

¡Pues bien, no la veía!

Me decidí a poner fin a aquella siniestra comedia, cuando un nuevo espectáculo me clavó en mi sitio... *En aquel momento la veta a ella.*

Oídllo bien y comprendedme bien. Yo escribo estas páginas para enseñanza de todos, para descargar mi conciencia y llegar a ver, todo lo claro posible, en el fondo de esta terrible historia, y por lo mismo no quisiera decir más de lo que vi, ni que mi pensamiento se adelantara en la interpretación de este testimonio escrito, ni que tampoco se quedase atrás.

Sí, suplico al que me lea que no tenga más miedo que yo en ese viaje extremadamente inquietante por el borde mismo del abismo psíquico, *sin el cual no hay progreso posible para la humanidad.*

¡Que esta espantosa historia de amor sirva por lo menos de algo!

¡Escuchad! Aquel hombre se había erguido, y con la cabeza inclinada hacia un lado rodeaba con su brazo un talle y que yo no veía. Porque no veía a nadie más que a él en la barca, a él, con aquel gesto galante que me había enfurecido. ¡Pero si no veía nada más que a una persona en la barca, *los veía a los dos en el espejo del agua!*...

¡Sí, en el ligero oleaje, producido por el balanceo de la barquita, veía, a la luz de la luna, la pareja que *ellos* formaban, en pie en la embarcación!

¿Era una ilusión? ¿Una perturbación de la vista? ¿Un engaño de mis sentidos? Aun hoy, después de haber recogido y tamizado mis recuerdos, me veo obligado a decir: “¡No, no! ¡No era una ilusión! ¡Lo vi! ¡Lo vi!... ¡Vi en el reflejo de la barca en el agua, y más abajo, siempre en el agua, a Patrick y Cordelia, aboyados el uno en el otro!”.

Estoy seguro de ello, porque si mis ojos, después de haber visto la doble imagen en el agua y haber ido a buscar de nuevo la realidad en la barca, sólo encontraban a Patrick con el brazo doblado y la cabeza inclinada, cuando volvía al agua volvía a encontrar la doble imagen...

Preciso estas cosas porque hay en ellas, evidentemente, un fenómeno que enlaza de un modo interesante en extremo la parte física y la psíquica. Lo brindo a los sabios que en los laboratorios se esfuerzan en representar todas las formas de la fuerza...

Ya comprenderéis que estas curiosas reflexiones científicas que hago ahora, de paso, no acudieron a mi mente sino después, y que de momento me preocupaba más lo que el fenómeno me hacía sufrir que la explicación que había que dar al fenómeno mismo. Al ver en el espejo del agua al mayor ladrón del mundo depositar un beso en la frente de mi bien amada, no pude retener, desgraciadamente, un grito de cólera... Y en seguida desapareció el fenómeno, es decir, no quedó en el agua más que el reflejo de Patrick... La imagen de Cordelia se había desvanecido, mientras oía gritar al miserable: *¡Remember! ¡Remember!* (¡Acuérdate! ¡Acuérdate!)

XIV

La dicha que la mano no alcanza no es más que un sueño.

No había llegado a la orilla cuando Patrick y la barca que le conducía escaparon ante mi vista, detrás de las cañas que se cerraban tras él. El río, a unos centenares de metros, formaba un recodo y salía del parque. No tenía esperanza alguna de alcanzar

a mi hombre y después de algunos inútiles insultos a los cuales no contestó, regresé al castillo lo más de prisa que pude.

Corrí a despertar a Surdon para decirle que el *inglés* estaba en el parque, y ordenarle que cogiera el fusil. Me comprendió sin más palabras.

—Mientras sea posible, no le mates —le dije—, pero hazle perder el gusto de venir por acá.

—El señor puede contar conmigo.

Y añadió:

—Sí, Surdon, todo se explica.

En seguida subí a la alcoba de Cordelia. Acababa de despertarse. No me extrañó. “¿Sabes de dónde vienes?”, le pregunté; pero no supo qué contestarme. Esta vez no se acordaba de nada, o, por lo menos, así lo parecía.

Entonces le conté todo lo que acababa de ver. Los acontecimientos tomaban un giro tal que debíamos, ella y yo, contemplarlos de frente, si queríamos conservar alguna esperanza de llegar a dominarlos. Además, me daba cuenta completa de que yo no podía nada sin ella. O estaba conmigo, o con él. Si estaba conmigo, debía ayudarme a combatirlo, y de esto yo no dudaba.

Estaba seguro de Cordelia. Mi intervención en la orilla del río había sido demasiado espontánea para que hubiese tenido tiempo de darme cuenta de las modalidades de su actitud en el espejo del agua, pero estaba persuadido de sobra, después de la visita del doctor Thurel, para culpar a Cordelia.

Al enterarse de que *él ladrón* había tenido la audacia de penetrar en nuestra finca, y de que todavía debía estar “por sus cercanías”, echó sus brazos en torno de mi cuello, gritando: “¡Llévame lejos de aquí! ¡Es capaz de no dejarme volver!”

¡Ah, querida, querida Cordelia! No esperé que lo repitiese dos veces, y nuestro pequeño equipaje estuvo pronto listo. Dejé unas líneas a Surdon, ordenándole que al día siguiente fuera a reunirse con nosotros, en París, trayéndose las maletas, y subimos al auto que yo mismo conduje.

En seguida pude felicitar me de haber metido a mi bien amada en el torbellino de la capital. Estaba tan contenta que se olvidaba de las fatigas de las terribles cuarenta y ocho horas que acabábamos de pasar. Todo le divertía. Un paseo por el Bosque le había hecho olvidar por completo el famoso paseo por el parque, a la luz de la luna; por lo menos así quería creerlo. Almorzamos en un *restaurant chic*, bebiendo *champagne*, y al salir nos reímos de todo y de nada, como dos chicos alegres por el primer vaso de vino puro.

Había querido fumar por primera vez, y encontró tan de su gusto los cigarrillos de Oriente que me vació la mitad de la pitillera. Todo esto hizo que al llegar al hotel tuviese que echarse a descansar un poco. La dejé bajo la vigilancia de Surdon. Al salir no pude reprimir una exclamación de sorpresa: en la puerta del Palace acababa de ver al doctor Thurel, que se mostró tan sorprendido, por lo menos, como yo. Me pidió en seguida noticias de mi esposa, y lo que le conté de mi segunda noche de

bodas le pareció tan interesante que me llevó a su cuarto, para que le repitiera el relato mientras tomaba notas, y después me dijo:

—*Todo es lógico*. Desde el momento en que su esposa se encontraba bajo la influencia directa del individuo que rondaba en torno de ella, todo lo que yo había podido hacer para libertarla debía forzosamente que quedar reducido a nada, *inmediatamente después de mi marcha*. Esto es lo que ha sucedido; pero que también prueba que, para que su esposa esté influida, es necesario que el sugestionador se encuentre a corta distancia de ella. Las hay mucho más enfermas... —prosiguió diciendo pensativo, el doctor—, y no hay que desesperar... Ha hecho usted muy bien marchando de Vascoeuil. Es preciso viajar. El caso es curable. *Todo depende de usted, amigo mío*.

Como repetía estas últimas palabras con insistencia, no pude menos de manifestar mi impaciencia y mi mal humor.

—¡Todo depende de mí! —exclame—. Es esto una cosa fácil de decir. Pero, ¿qué influencia quiere usted que ejerza yo, si cada vez que mis labios encuentran los suyos se queda dormida? Es preciso ser justos... Yo soy tan digno de lástima como ella.

—Yo le había recomendado a usted que la abrazase como un hermano.

—¿Cree usted de veras que la influencia de un hermano bastaría para libertarla del otro?

—¡No! ¡No! Yo no creo tal cosa, pero creo que es necesario, *para arriesgarse al beso a que usted se refiere*, que los recuerdos de su esposa se hayan apartado suficientemente de las sugerencias del otro, *en el tiempo y en él espacio*.

Todo esto me pareció claro como la luz del día; todo estaba muy bien explicado, y exclamé:

—¡Ah, doctor! ¡Cuenta conmigo!

—Entre tanto, lo más pronto posible, tome el tren —añadió aquel excelente doctor—. Podría encontrarse con el *otro*, del mismo modo que me ha encontrado a mí. *El Palace* no es un sitio en que uno pueda esconderse... Además, no hay pueblo más pequeño en el mundo que París.

Corrí a la agencia de los *Sleepings*, y aquella misma noche tomamos el tren hacia Roma, llevándonos a Surdon.

Cuando al otro día por la mañana percibimos la muralla de Servio Tulio, Cordelia lanzó gritos de alegría. Al bajar del tren quiso correr al *forum*, pero pronto conseguí, forzándola un poco (se trataba de cobrar ascendiente sobre ella), hacerle olvidar momentáneamente todas estas cosas viejas, para hacerla disfrutar goces más modernos, como los del *comfort* más refinado en el mejor hotel de la capital italiana, las de un excelente almuerzo a la moda de la campiña romana, en el castillo de Constantino, sobre una terraza desde donde se descubría un paisaje de una rara belleza, aunque estuviera un poco estropeado por el espectáculo de las ruinas, llamadas imponentes; pero es que a mí las ruinas me han dado siempre pena.

Sin embargo, fue preciso, durante la tarde, pasar revista a algunas piedras antiguas. El Coliseo alcanzó un gran éxito cerca de Cordelia, que me contó lúgubres historias relativas a martirios de los primeros cristianos. Me apresuré a llevarla a sitios menos tristes. Un paseo a la caída de la tarde por los jardines del *Pincio*, unos sorbetes en un café del *Corso*, y, a la noche, después de comer, la *tarantella* bailada por lindas muchachas en el gran *hall* del hotel, nos llevaron dentro del torbellino de la vida.

Cordelia disfrutaba extremadamente con todas aquellas elegantes manifestaciones de la vida romana. Al verla tan contenta y con los ojos tan brillantes me sentía muy emocionado. No la había encontrado jamás tan hermosa. Cuando estuvimos en nuestras habitaciones se lo dije un poco más de cerca y con mucha vehemencia, aunque prudentemente. Ante la idea que si abrazaba a mi esposa se iba a quedar instantáneamente dormida en mis brazos, grandes gotas de sudor me corrían por el rostro.

—¡Dios mío, Héctor, cómo sudas! —me dijo, secándome la frente con su pañuelo, con un gesto adorable.

Yo no sabía lo que hacía. Sus labios me sonreían. Su perfume acabó de embriagarme; olvidé todos mis propósitos, y la estreché fuertemente entre mis brazos, como era mi derecho.

—¡Oh, milagro! ¡No se durmió!...

XV

Los hermosos días.

¡Ay, querida, queridísima Cordelia! ¡Qué semanas más maravillosas pasamos, y cómo fue olvidado el melancólico Patrick! Debo advertir que hice todo lo posible para ello. Abrumé a Cordelia con todo lo que un marido amante puede ofrecer a su joven esposa para distraerla: las fiestas se sucedían unas a otras, y quería que ella fuese la más elegante y la más hermosa de todas las mujeres. Habíamos adquirido algunas Relaciones. Gracias a un Secretario de la Embajada, amigo mío, los salones más exigentes nos abrían sus puertas, y Cordelia era la reina de ellos. Ya no me molestaba sus visitas a las antigüedades. Yo la había arreglado todo para que no tuviese tiempo más que para distraerse. Los museos habían sido olvidados. Yo tenía toda clase de motivos para desconfiar de los cuadros.

Cuando estuvo un poco cansada de Roma, partimos hacia Nápoles, en donde nos esperaban nuevos placeres. Su maravilloso golfo contempló nuestros besos en las playas más hermosas del mundo. Fuimos a Capri, Sorrento y Castelmare. Los barqueros cantaban. Yo había quemado todos esos pequeños libros llamados “guías”,

porque había observado que cuando los llevaba, Cordelia no me hablaba, en todos los sitios por donde pasaba, más que de muertos, lo cual era muy triste.

Mi pequeño auto de fe nos ahorró muchas historias sobre Tiberio y *tutti quanti*. Todo eso habíamos ganado. Claro que no nos escapamos de Pompeya, pero esa no es una excursión aburrida. Hay siempre la mar de gente extravagante que se pasea por las ruinas, turistas con unos trajes para morir de risa, y caravanas de la agencia Cook que valen ellas solas la caminata. Cordelia y yo reventábamos de risa. ¡Querida, mi querida Cordelia! ¡Ay! ¡Eras bien mía en aquellas felices horas en que no pensábamos más que en gozar de la hermosura de aquellos días, y en amarnos sin preocuparnos ni un momento de lo que había sucedido antes y de lo que pasaría después! ¿No es ésta la verdadera condición de la dicha? Es preciso no pensar demasiado... ¡No, no hay que pensar! ¡Mirad lo felices que éramos los dos desde que pensábamos lo menos posible! Por lo demás, estábamos siempre juntos, el uno enfrente del otro, y no teníamos necesidad de preguntarnos: “¿En qué piensas?” Durante esas ausencias de un espíritu preocupado es cuando el “polígono” hace diabluras. El mejor método para que el pensamiento no se extravíe es no pensar. Creedme a mí.

Pero, para ello, es preciso estar ocupado. Después de Nápoles, subimos a Florencia, y, por último, fuimos a Venecia, que habíamos dejado para el final. ¡Ah, ciudad maldita!...

Pero no anticipemos los acontecimientos.

XVI

En donde el polígono de Cordelia renueva mis inquietudes.

Surdon nos había reservado habitaciones en el hotel Danielli, sobre el muelle de los *Schiavoni*. Según parece, es en ese hotel donde Musset, el poeta, cayó enfermo y se dio cuenta de la traición de su amiga. Esta triste aventura que contaron a Cordelia desde el segundo día de nuestra llegada, pareció entristecerla más allá de toda medida. Maldije al inoportuno con su historia y quise marchar del hotel; pero a Cordelia le gustaba, y me fue preciso ceder. La encontré un día con un libro. Era la correspondencia de ese Musset con esa Jorge Sand. Leí unas cuantas líneas, y lo arrojé por la ventana, abrazando a mi adorada esposa, diciéndola que era un crimen estropear nuestra dicha perfecta abriendo la puerta a los pensamientos sombríos de dos seres que no supieron amarse.

¿No tenía acaso razón? Ella me contestó:

—¡Oh, amigo mío! ¿Ahora me prohibes la lectura? Piensa, Héctor, que ya me has prohibido visitar los museos.

—¿Yo? —dije—. ¿Yo? No permita Dios, Cordelia mía, que jamás te prohíba nada... Soy tu esclavo, bien lo sabes. Si tienes interés en ver cuadros, esta tarde iremos a visitar *tu* museo. ¿Quieres que dé contraorden para el paseo al Lido?

—¡Sería demasiado, Héctor mío! —me contestó sonriendo—. Iremos al Lido, y allí comeremos, bailaremos y cenaremos. Por lo demás, te agradecería que mostrases más entusiasmo en visitar conmigo “las maravillas del arte”.

—¡Santo Dios! —volví a exclamar—. ¿Qué es lo que dices? ¿Es que no hemos visitado, como era natural, el palacio de los Dogos y el calabozo de Marino Faliero?

—¡Oh, Héctor! Lo único que has hecho ha sido divertirte en echar nuestras tarjetas en aquel buzón de las cartas misteriosas, que servía para recibir las denuncias anónimas dirigidas al Consejo de los Diez. ¿A eso llamas tú visitar las maravillas del arte?

—¡Sí! ¡Denuncié al dueño de nuestro hotel, y le acusaba de querernos envenenar! ¡Confiesa que te hizo mucha gracia!

¿Por qué ya no se reía? ¿Qué nuevas sombras pasaban por su encantadora frente? De pronto me pareció arrastrada hacia una melancolía que la hacía más bella aún, pero que me asustó, porque me pareció lindando en el dolor. Y, en efecto, las lágrimas asomaron a sus ojos. Me eché a sus pies:

—¡Dios mío!... —exclamé—. ¿Te has enfadado?

—¡No no! ¡Déjame llorar! —contestó con voz entrecortada y apagada.

Las lágrimas que la emoción de la Belleza nos produce son bien dulces. Pienso en aquellos sagrados momentos en que dejamos nuestra góndola para entrar en la *Salute*; ¡Acuérdate de la laguna, del muelle de los *Schiavoni*, de todas las piedras y de toda el agua, que parecía una maravilla de oro y ópalo!...

—¿Una excursión a la *Salute*? —interrumpí sin ocultar mi asombro—. ¡Cordelia mía! ¡Si no hemos ido juntos a la *Salute*!...

—¿Qué dices? —protestó ella—. ¿No te acuerdas que hemos visitado la *Salute*, de cabo a rabo?...

Y se puso a hacerme la descripción de ella, pero, de pronto, al darse cuenta de mi asombro, *se detuvo y no quiso seguir diciendo una palabra de su excursión a la “Salute”* Estaba encarnada como una amapola, y nos separamos profundamente turbados. Yo tenía necesidad de estar solo para reflexionar acerca de lo que acababa de ocurrir. Desde que estábamos en Venecia no nos habíamos separado. Algunas veces había dejado a Cordelia sola en el cuarto, pero sin salir yo del hotel. No había podido visitar la *Salute*; marché hacia allá en seguida, y me quedé estupefacto al encontrar todo lo que ella había dicho.

Mi inquietud era inmensa, porque no podía tener duda alguna: el polígono de Cordelia empezaba a jugarme malas pasadas. Durante algunas de las horas dedicadas al descanso, su polígono se había ido a la *Salute*. Me acordé de ciertas palabras del doctor Thurel: “De igual modo —me dijo— que se citan casos en que el sujeto encuentra, *durante el sueño*, recuerdos depositados, sin advertirlo, por su polígono en

estado de vigilia (estando entonces distraído el cero), hay numerosos casos en que el sujeto *en estado de vigilia* encuentra recuerdos depositados, sin su conocimiento, por el polígono, *que ha trabajado durante el estado de sueño* (estando el *cero* dormido o *sugestionado*).

Al saltar de la góndola y encontrarme en el muelle de los *Schiavoni* no pude retener una exclamación: “¡Ah! ¡Otra vez ese endiablado polígono!... ¡Y, sin embargo, en Venecia, estamos bien lejos de Patrick!...”

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando oí una voz a mi espalda, que decía: “Se equivoca usted: Patrick se encuentra aquí.”

XVII

La cita.

Era Surdon quien me hablaba de aquel modo. Parecía tan agitado como yo. Le abordé con una vehemencia bien explicable.

—¿Patrick? ¿Cómo lo sabes?

—Le he encontrado.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Y desde esta mañana no has podido...

—Le he seguido, y puede usted creer que no he perdido el tiempo.

—¡Habla, habla! Dime lo que sabes. ¡Qué espantoso es todo esto!

—¡Oh, sí señor! ¡Es espantoso!

—Le mataré.

—Evidentemente, es lo mejor que podría hacerse, porque no hay duda alguna de que él sigue al señor (el buen Surdon no se atrevía a hacer alusión alguna a la señora). Ese Patrick —siguió diciendo— se figuró que el señor pasaría por Venecia... Hace tres semanas que está esperando al señor... Y desde que el señor ha llegado se ha vuelto como loco...

—¡Ya lo estaba antes, Surdon!... Pero dime todo lo que sepas, con todos los pormenores...

—Pues bien... Esta mañana me encontraba limpiando las ropas del señor, cuando al asomarme a la ventana vi en una góndola a un individuo que miraba nuestras ventanas, con una atención tan persistente que me hizo detenerme en mi trabajo. El no me había visto. Si he de decir verdad, sus miradas se dirigían al cuarto de la señora...

—¿La señora había salido? —pregunté, casi sin poder responder.

—No, señor, se disponía a salir, y el señor la esperaba en el *hall*... En seguida reconocí a ese Patrick, y continué espíandole...

—¿Podrías decirme si la señora le ha visto?

—No, no podría decirlo... No, no puedo firmar nada... La góndola se había detenido un momento; después dio media vuelta; yo me precipité fuera del hotel en el fomento preciso en que usted salía con la señora. Tuve la suerte de llegar al final del muelle cuando Patrick doblaba la puta. Cogí una góndola, y seguí la suya. Mi propósito era saber dónde vivía. Me llevó durante horas por sitios imposibles y sin demostrar interés aparente. Por último, desembarcó en el Gran Hotel, en donde averigüé que habitaba un cuarto cuyas ventanas dan al nivel del Grand Canal, junto a Nuestra Señora de la *Salute*. (Al oír este nombre me puse a temblar). El criado que le sirve —prosiguió Surdon— no presentó dificultad alguna para darme ciertos pormenores que, por lo demás, constituyen la comidilla de todo el personal del Gran Hotel. *¡Parece que desde hace cuatro días se encierra en su cuarto, todas las tardes, de cinco a siete, después de haberse hecho servir una merienda para dos!...*

—¡Una merienda para dos! —repetí, estremeciéndome de pies a cabeza—. ¡De cinco a siete!

—Eso es. El criado tiene que poner dos cubiertos, y lo más extraño es que nunca se ha visto a nuestro hombre entrar en su cuarto con otra persona, y siempre se le ve salir solo. Y, sin embargo, no cabe duda alguna al criado que dos personas se han acercado a la mesita para merendar. Es un misterio que intriga a todo el mundo, y del cual Patrick no parece darse cuenta, porque no habla jamás con nadie. Se le considera por todos como un ente original y algo chiflado. La opinión de la gente es que representa él mismo una comedia, y que vive con sus recuerdos... ¡Dios mío! ¡Qué pálido se ha puesto el señor! ¿Quizá haya hecho mal en contarle todas estas cosas? ¿Quizá hubiese sido mejor que le hubiese ocultado la presencia de Patrick en Venecia?

—¡No, Surdon, no! ¡Has hecho bien! Eres un criado fiel e inteligente. Pero oye, ¿cuándo has llegado del Gran Hotel?

—En ese mismo momento, señor.

—¿Y Patrick?

Le he dejado encerrado en su cuarto como de costumbre a estas horas.

Miré el reloj, que temblaba en mí mismo...

—¡Es verdad, es la hora de la merienda! Espérame aquí, Surdon, en esta góndola; ¡en seguida vuelvo!

Corrí al hotel, preso de una agitación que llegaba al delirio. Lo que más me trastornaba (como se comprenderá perfectamente) no era la prueba que me traía Surdon de las recientes tentativas de Patrick para apoderarse de nuevo del *cerro* de Cordelia, sino la manera, en exceso benévola, con que mi querida esposa parecía *consentir* en que dirigiese su polígono el más peligroso de los seductores. Y de ello, cuya idea sola me hacía temblar de fiebre, ¿podía dudar al recordar lo que había pasado aquel mismo día entre Cordelia y yo? Al principio me había hablado muy naturalmente de su visita a Nuestra Señora de la *Salute*, y después, al ver mi asombro

y advertir que su polígono charlaba demasiado, le ordenó rápidamente que se callase, mientras enrojecía hasta la raíz de los cabellos.

Desde hacía poco, cuando advertía que algo anormal acababa de pasar entre nosotros, no dejaba de echarme sus brazos al cuello, exclamando: “¡Sálvame, Héctor mío... Sálvame!” En cambio aquella vez dejó percibir una cierta contrariedad por haberme dejado sorprender el secreto de un estado psíquico que debía permanecer oculto, de otra existencia en la que no me creía quizá digno de entrar, y que en todo caso *no le daba miedo alguno*, puesto que su *cero*, después de reflexionar sobre ello, no me decía: “¡Llévame a otro sitio!” ¡Ay!... Era otro el que se la llevaba adonde él quería, y si no con su asentimiento perfecto (pues hasta en mi delirio me esforzaba por ser justo), por lo menos sin que se defendiese mucho. ¡Ay de mí! ¡No, no! ¡Ella no se defendía! Pues de otro modo me lo hubiese advertido, gritando: “¡Está aquí de nuevo el ladrón de mi corazón, el secuestrador del amor!”.

Su *cero* y su polígono estaban de perfecto acuerdo para ocultarme aquella infamia. Aunque *la adherencia del fluido nervioso* (como decía el doctor Thurel) sea bien débil en ciertos sujetos (y seguramente Cordelia era uno de ellos), no sería posible atraerla lejos de su hogar visible (el cuerpo) sin cierto dolor, que otras veces hacía que Cordelia se defendiese, sin que entonces opusiese resistencia alguna. Cordelia me traicionaba con *un dolor consciente*. ¡Espantoso! ¡Insoportable pensamiento!

Tan trágicas reflexiones no acudían a mí, como podéis suponer, sólo por la deducción sacada de la rápida escena de aquella mañana con Cordelia, sino también por el repentino recuerdo de algunas otras pequeñas escenas de aquel mismo género que tuvieron lugar desde nuestra llegada a Venecia, que me habían impresionado menos porque eran menos importantes, pero que entonces adquirían toda su significación. Por último, lo que me hacía subir de cuatro en cuatro los escalones que me conducían a la habitación de Cordelia era el espantoso recuerdo de que hacía algunos días me había suplicado que la dejase descansar un poco antes de vestirse para la comida, y que quizá hubiese en ello un subterfugio destinado a alejarme durante el gran misterio del paseo.

Todo lo que me acababa de decir Surdon acerca de las cosas que hacía Patrick en el Gran Hotel, *a la misma hora*, no hacían más que reforzar aquel pensamiento infernal que me llevaba a acusar a Cordelia nada menos que de premeditación cuando quizá no había más que coincidencia: ¡pero así marchan los celos que no se sienten satisfechos hasta que alguna nueva combinación ha aumentado su suplicio!

Cuando, sin aliento, entré en nuestras habitaciones, me agarraba aun a una última esperanza, la de encontrar a Cordelia, en pie, delante del espejo, dándose coquetamente los últimos toques; pero, ¡ay de mí! La puerta de su cuarto estaba cerrada, y fue en vano que la sacudiese con todas mis fuerzas. Grité: “¡Cordelia! ¡Cordelia!”, pero nadie, nadie me contestó. Me agaché, y por el ojo de la cerradura

pude verla tendida en una *chaise-longue*, cerca de la ventana, en aquella postura rígida que tanto me había asustado en Vascoeuil.

No necesitaba saber más. No pude reprimir un grito de rabia, y apretando los puños y rechinando los dientes corrí a reunirme a Surdon, que estaba en la góndola, y ordené: “¡Pronto! ¡Al Gran Hotel!”.

El gondolero nos condujo en unos cuantos minutos. Al acercarnos, Surdon me enseñó, a la derecha de los escalones, una ventana iluminada, y me dijo: “¡Allí es!” En seguida hice que el gondolero llevase la góndola, sin hacer ruido alguno, hasta rozar el pie del muro, confundiéndonos con la sombra.

Cuando la góndola se hubo parado debajo de la ventana me puse en pie, y conseguí, sin gran trabajo, mantenerme sobre un pequeño zócalo, apoyando los codos en el pecho de la ventana, que estaba entreabierta, de modo que podía ver y oír.

Mi emoción había llegado al colmo, y no trataré de describirla. Por lo menos no es difícil adivinar lo que pasó por mí a partir de aquel momento, ni los sentimientos, que yo *sólo* podía comprender, y yo *solo* debía sufrir.

Los dos cubiertos sobre el velador, situado en la mitad del cuarto, estaban uno junto a otro; las dos sillas estaban juntas hasta el punto de tocarse. Una de ellas la ocupaba Patrick, que se inclinaba hacia la otra en actitud llena de languidez, mientras su rostro de gato melancólico expresaba una quietud, por no decir una beatitud, que me dio ganas de saltar en seguida, en medio de la habitación, para darle un par de bofetadas. Pero conseguí dominarme. Sobre la mesa había un candelabro que iluminaba suavemente las cosas y las personas. ¿Por qué digo a las *personas*? No veía más que Patrick, y en cuanto a *la otra persona*, no la veía en absoluto, a pesar de toda mi voluntad concentrada y de toda mi fe en tensión. ¡En aquel momento habría dado todo lo que poseía para que mi mirada hubiese tenido la virtud de la de Patrick!

La única verdad real era que en aquella habitación se daba el espectáculo y la alegría de una comida íntima entre dos, pero el único que comía *materialmente no podía* ser más que Patrick.

Y como bebía por dos de aquel vino dorado que me pareció Tokay, empezó a parecerse menos a un gato triste, y se puso a contar historietas que no dejaban de tener cierta gracia.

Y, seguramente, Cordelia le contestaba... Pues no hay que creer que yo asistiese, en aquella famosa y horrible sesión, a un monólogo. ¡Ay! ¡Lejos de ello! Hasta cuando Patrick empleaba su voz natural había silencios que seguramente estaban llenos por las contestaciones de Cordelia. Las palabras de Patrick que les seguían eran la prueba de lo que pasaba, pero en aquel momento hablaban en silencio. ¿Qué se decían? ¿Qué se decían? ¿Por qué Patrick se inclinaba tanto, con su brazo derecho extendido sobre el respaldo de la silla de Cordelia? ¡Veía temblar aquel brazo!...

De pronto levantó la cabeza, y cogió un vaso con la mano izquierda, sin mover la derecha, que seguía temblando sobre el respaldo de la silla de Cordelia.

No había acabado aún de vaciar su copa en el fondo de su voz que subía de su garganta cuando me precipité en la habitación. (Parece que literalmente echaba espuma por la boca. El mismo lo dijo más tarde y era, en verdad, muy posible, porque me centraba en el límite extremo de la paciencia con que había armado mi inquieta y callada curiosidad y la rabia desbordaba). Corrí hacia ellos, gritando: “Yo también tengo sed, ¿no me invitáis?”

Tranquilamente se puso en pie, avanzando hacia mí como para defenderla:

—¡Torpe! —exclamó—. ¡La ha herido!

Y se agachó para recoger un cuchillo que había dejado caer al suelo al echarme sobre el velador...

—¡Herida! ¿Dónde? ¿Dónde? —pregunté anhelante.

—¡Cálmese usted! —dijo con su flema británica—. No será nada *indeed* (en verdad), pero hubiese podido ser muy grave. ¡Que esto le sirva de lección! Otra vez llame a la puerta o a la ventana... —añadió en un tono que acabó de ponerme fuera de mí.

—¡Esto no volverá a suceder! —rugí.

Como mirase hacia la silla de Cordelia, replicó animándose con el gesto:

—¡Oh! Puede usted llegar hasta el límite de su pensamiento. Estamos solos. *¡Ella ya no está aquí!*

—Pues bien, quería decirle simplemente una cosa; y es que de los dos hay uno que, con toda seguridad, está de más en el mundo.

—Esta es también mi opinión —afirmó Patrick—, pero no soy yo.

—Eso lo veremos, y lo más tarde mañana.

—¡Como usted quiera!

Y no teniendo nada más que decirle en aquel momento, me dirigí hacia la ventana, pero él me abrió la puerta, saludándonos correctamente.

XVIII

El duelo.

Al releer las páginas anteriores no tengo nada que enmendar, porque describen fielmente el estado horrible en que me encontraba desde que Sur don me había dicho que Patrick se encontraba en Venecia, y desde que creí tener fundamento para suponer que el puro espíritu de mi bien amada obedecía, sin grandes resistencias, a los caprichos de una sugestión culpable. Y cuando evoco la hora espantosa de la cita en la habitación del Gran Canal, me veo tal como estaba entonces, es decir, no menos enfurecido contra Patrick que desgarrado el corazón por el consentimiento aparente de Cordelia.

—¡Insensato! ¡Insensato! ¿Es que en mi ignorancia del terrible misterio y en la desconfianza de mi iniciación tan reciente, no debía haber puesto, en favor de Cordelia, todo lo que me parecía sospechoso o incomprensible? ¡Pues no! ¡Gozaba en saborear la amargura de mi desesperación, y deseaba que todo se volviese contra ella y contra mí!...

En una palabra, toda mi sangre hervía ante esta estúpida frase: “Nada habría sucedido si ella no hubiese querido.” Y con esta frase en los labios y la angustia en el corazón corrí al Hotel Danieli.

Cordelia, a quien encontré tumbada en la *chaise-longe*, acababa de despertar, y se envolvía un dedo en un trapo, a cuyo detalle no di importancia alguna en medio de mi agitación. La camarera le tendía un hilo; yo le supliqué que nos dejase solos. Al tono de mi voz, Cordelia estremeciéndose, y dirigió hacia mí su rostro extraordinariamente pálido.

—¡Patrick se encuentra aquí! —grité como una fiera—. Y tú lo sabes perfectamente. ¿Por qué no me has dicho nada?

Ella me miró, primero con un asombro indescriptible, y luego con espanto. Parecía no reconocerme. Yo no era ya su Héctor. No me contestó, e hizo bien. ¿Qué contestar a un león desencadenado que no oye ni entiende?

Continué como un loco:

—¡No os priváis de nada! ¡Paseos en góndola! ¡Habéis visitado juntos museos, iglesias y Nuestra Señora de la *Salute*!

Al oír estas últimas palabras suspiró diciendo: “¡Oh, Dios mío! ¿*era verdad, entonces?* ¡Y yo que creí que todo había sido un sueño!”.

Lo que acababa de decir debía haberme tranquilizado, haciéndome ver el papel desempeñado por ella: ¡eterna víctima de las maquinaciones de otro!... Pero estaba lanzado para hacernos sufrir, y no me iba a detener en el camino.

—¡Tenéis citas todos los días, de cinco a siete!

—¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?

Y Cordelia se incorporó, abriendo los ojos como si descubriese de repente, estando despierta y por medio de mi voz, las cosas que habían sido depositadas en su polígono estando dormida.

—Digo que abusáis de mi buena fe; y mientras yo te creo aquí, descansando, tú corres a pasar la tarde con Patrick en su cuarto del Gran Canal.

Cordelia lanzó un grito y se ocultó el rostro entre las manos.

—¡Ah! ¡No digas que no! ¡Os he visto y os he oído!

—¿Qué es lo que has oído? ¿Le he dicho que le amaba?

(¡Con qué angustiada voz me lo preguntaba!)

—No he oído tal cosa —dije, sorprendido del tono en que me había hecho la pregunta—, pues tú sabes perfectamente que yo no puedo oír “tu voz de silencio”.

—¡Pues si no he dicho eso, no he dicho nada! —exclamó, mirándome con unos ojos inmensos—. *Lo demás depende de mí.*

Y al decir esto cayó sobre la *chaise-longue*, con todo su cuerpo sacudido por los sollozos. Caí de rodillas. Todo el horror de mi conducta aparecía ante mí, al propio tiempo que la inconsciencia de Cordelia.

¡Querida, queridísima Cordelia!

¡Me maldecía a mí mismo! Tratando de calmar su llanto, le cogí la mano. En aquel momento advertí que el trapo que envolvía su dedo estaba rojo de sangre.

—¿Estás herida, Cordelia?

—Sin duda me habré herido con algún mueble, mientras soñaba —contestó entre dos sollozos.

—¡Cordelia! ¡Cordelia! ¡Tú no has soñado! —afirmé, mientras le deshilaba el dedo, con una emoción en la que se exteriorizaba todo lo que me había dicho el doctor Thurel acerca de la exteriorización de la sensibilidad—. ¡No, Cordelia, no has soñado!... Y ahí está la prueba de ello... Mientras tú te encontrabas *realmente* en espíritu en la habitación del Gran Canal, yo penetré en ella con una violencia tan grande que eché al suelo todo lo que se oponía a mi paso. Un cuchillo que estaba encima del velador cayóse, y Patrick exclamó: “¡Está herida!...”.

Cordelia se puso en pie, tan pálida, que parecía su propio fantasma.

—¿Cómo puedes creer que no te ame? —dijo, suspirando.

Yo seguía de rodillas escuchando aquellas sublimes palabras, apretadas sus divinas piernas entre mis temblorosos brazos, suplicándole que me perdonase, pero otra idea la dominaba ya, y comprendí que era ella la que la hacía estar tan terriblemente pálida.

—¿Qué os habéis dicho durante mi ausencia? —preguntó.

Cogido de improviso, no supe de pronto más que balbucear una mentira:

—Júrame —dijo— que no os batiréis.

Me vi obligado a jurarlo, pero añadió:

—¡Estás jurando en falso! ¡Haces mal! Pero no importa. No quiero que os batáis (hubiera preferido que hubiese dicho: No quiero que te batas). ¡Y no os batiréis! ¡Te acompañaré a todas partes!

Y lo cumplió tan perfectamente que me fue imposible salir del hotel, y como yo quería en absoluto deshacerme para siempre del inglés, me vi obligado a enviarle a Surdon para que le pusiese al corriente de lo que pasaba, y rogarle que se encargase de todo, armas, testigos, etc. Le pedía sólo que el duelo tuviese lugar a primera hora, pues contaba poderme escapar durante el sueño matutino de Cordelia, que seguramente sería pesado después de todas aquellas emociones.

Surdon me dijo, al regresar, que no tenía que preocuparme de nada más que de encontrarme al romper el día en el hotel del Conde de C..., que está situado al final de lo que llaman “los Jardines de Venecia”.

Cordelia se había tranquilizado algo, y fuimos a pasearnos por la *piazzetta*, y hasta llegamos al café de Florian, en donde tomamos algo, al son de las guitarras.

Todo era alegría en torno nuestro. Yo me esforzaba por estar también alegre, pero Cordelia seguía triste y pensativa. Al llegar a la fonda, declaró que no se acostaría:

—No te creo, has mentido. Si me acostase y durmiese, aprovecharías el momento para ir a batirme. *¡Y no quiero que os batáis!*

Me encogí de hombros, para demostrar mi indiferencia, pero me encontraba horriblemente fastidiado. Tenía una ocasión estupenda y legítima de suprimir la causa de todas mis desgracias (nos batiríamos a pistola, y estaba seguro de matar a Patrick), y la testarudez de Cordelia le iba a estropear todo. Afortunadamente pude enviar a Surdon al inglés para enterarle de lo que pasaba y decirle que no veía salida a la situación *si él no consentía en dormir a Cordelia* para que yo pudiese ir a batirme. ¡Si me hubiesen dicho que llegaría un día en que dirigiría tal súplica a aquel hombre cuya potencia psíquica había causado toda mi desgracia!... Pero sigamos adelante. Todo ello prueba, una vez más, cualquiera que sea nuestro concebir el mundo y las relaciones y la materia, no somos más que un poco polvo danzando en un tenue rayo de sol.

Surdon volvió a decirme que el inglés le había declarado que deseaba batirse tanto como yo, y que todo se haría como y deseaba. ¡Noche dolorosa, noche que me pareció de una duración infinita! ¡Infeliz de mí! ¡Si hubiese sabido!... ¡Si hubiese sabido lo que iba a suceder, cómo hubiera contado todos los minutos ante el terror de verlos huir demasiado rápidamente!... Cordelia había cumplido su palabra. No se había querido acostar por más que le dije. Tendida en la *chaise-longue*, leía o aparentaba leer. Y yo la contemplaba.

Y entre tanto esperaba con impaciencia lo que el otro había prometido. Tuvo lugar, aquéllo, cerca de las cinco de la madrugada. Sus párpados se cerraron, cayósele el libro de la mano, y su cuerpo tomó aquella rigidez que tanto conocía.

Cerré la puerta con llave, y me metí la llave en el bolsillo; llamé a Surdon, y a las seis llegábamos a la puerta del hotel del conde de C...

Patrick no había llegado todavía, pero ya estaban allí el médico y los testigos... Había dos para mí, con quienes trabé conocimiento y para los cuales no tengo más que palabras de elogio. El conde de C..., perteneciente a la más antigua nobleza veneciana, estaba ausente, pero era un hombre aficionado al arte y amigo de los artistas, y había puesto su hotel a la completa disposición de Patrick.

Ya se sabe lo que son los jardines de Venecia. Es uno de los pocos islotes de la antigua ciudad que no ha sido invadido enteramente por las edificaciones; sin embargo, el hotel del conde está edificado en él, y tiene una entrada particular por los jardines, como en París los hoteles del parque Monceau. Es el único que tiene ese privilegio, de manera que en aquella hora en que los jardines estaban cerrados nos encontrábamos como si estuviésemos en una propiedad del conde.

Entre tanto, Patrick llegó, con las manos vacías, lo afirmo aquí, como lo juré ante los tribunales. Las pistolas estaban en sus cajas, que los mismos testigos habían traído, y que la víspera habían recogido de casa del armero. Patrick no conocía

aquellas armas; por lo menos, así lo afirmó; y yo le creo. Además, nos fueron sorteadas, y fueron las pistolas traídas por los testigos las que nos sirvieron para el duelo.

Nos encontrábamos en la gran avenida central de los jardines. Según, dicen, en primavera aquel sitio es una maravilla, un encanto, algo parecido al milagro de las rosas; en aquella mañana de otoño, a las primeras luces de un día gris, aquel sitio me pareció lúgubre y muy a propósito para servir de fondo al espantoso drama. Por lo demás, todo pasó con una rapidez terrible. Contaron los pasos: veinticinco nos separaban al uno del otro. Debíamos cambiar cuatro disparos. Pero yo soy tan diestro en el tiro de pistola, que estaba seguro de matar a mi hombre al primer tiro. Estaba resuelto a ello, y no sentía remordimiento alguno. Sabía de sobra que no sería posible felicidad alguna entre Cordelia y yo mientras viviese Patrick: ¡que se fuese, pues, al diablo!...

Yo conservaba toda mi sangre fría, cuando sonó la orden de fuego...: uno..., dos..., tres... Patrick y yo disparamos casi al mismo tiempo que el director del combate decía: ¡dos! Pero Patrick disparó al aire, lanzando un grito de desesperación. Yo había disparado apuntando *a la altura del corazón*, y, sin embargo, repito ahora que no tuve la sensación de que Patrick lanzase aquel grito, porque hubiese sido herido por la bala. Además, no estaba herido. A aquel grito, respondió otro grito de una angustia indescriptible. Salía de mi garganta y de mi corazón, y, sin embargo, tampoco había sido herido. *La única persona de la que no se oyó grito de dolor alguno fue la única que fue herida.* Y yo juro aquí, ante Dios y los hombres, que mi grito me fue arrancado por la visión *cierta* de la imagen de Cordelia que se había interpuesto entre los dos en el momento preciso en que oprimíamos el gatillo; Patrick tuvo tiempo de alzar el arma; pero yo, no; la bala había ya partido.

Comprendí, por el grito de espanto de Patrick, que él también la había visto.

—¡Desgraciado! —exclamó—, ¿qué ha hecho usted?

Se me erizaron de horror los cabellos, y los dos ya no conocimos nada más que nuestra infernal angustia... Sin preocuparnos de los testigos y sin mediar explicación, corrimos a una góndola. No cambiamos ni una palabra durante el trayecto. Por lo demás, creía volverme loco. Al llegar al hotel, corrimos hacia el cuarto de Cordelia. Todo estaba tranquilo; todo estaba como yo lo había dejado. Una esperanza inmensa empezó a renacer en mí; sin embargo, mi mano temblaba de tal modo, que no pude meter la llave en la cerradura. Fue Patrick quien abrió.

Nos precipitamos. Cordelia seguía en la *chaise-longue*; pero ya tenía un aspecto de ultra-tumba, y un poco de sangre manchaba su peinador, a la altura del pecho. *Cordelia había muerto de un balazo en el corazón.*

Y ahora.

Y ahora, ahora es mío aquel desgarrado corazón que el mayor ladrón del mundo me había secuestrado de su prisión corporal. Delante de la urna, en donde piadosamente lo tengo encerrado, puedo ponerme de rodillas con toda tranquilidad; ¡nadie me lo robará ya! ¡Cuando estaba unido a todas las fibras de la vida, cuando animaba con sus vehementes latidos a una esposa adorada, un miserable trataba de hacer de él una sublime presa, y venía a robármela hasta en mis brazos; pero hoy, que no es más que un poco de barro y un gran recuerdo, nadie me lo disputará ya!

Durante las terribles sesiones de los tribunales en donde se juzgaba el caso más extraordinario que jamás se sometió a la rutinaria conciencia de los jueces, veía perfectamente que el ladrón del corazón de Cordelia ya no tenía interés alguno en el objeto de su horrible rapiña. Ni una sola vez, durante el curso de aquellas sesiones que despertaron la curiosidad del mundo sin satisfacerla ni una sola vez, *el ladrón* tuvo una mirada para la mesa de las piezas de convicción, en donde había sido preciso depositar aquella sagrada reliquia que salía de las manos profanas de los “peritos”. Mientras que yo, ¡ay de mí!, no podía apartar los ojos, anegados en lágrimas...

¡Oh, corazón de Cordelia! ¡Yo sólo te quería!... *El otro no ha sido más que un artista...* Pero yo, ¡Cordelia mía!, no he sido más que un pobre enamorado..., y no soy, aún, más que un pobre enamorado de tu corazón muerto, como lo fui de tu corazón vivo... Me llevé todo lo que pude coger de ti...; del frasco judicial transporté, temblando, a esta urna funeraria, tu querido corazón... ¿No es verdad, Dios mío, que ya no me lo robarán?... *Ya no siento al ladrón en torno mío...* Sin embargo, a pesar de mis alardes de tranquilidad, he mandado colocar un fuerte cerrojo en la puerta de la celda en donde me he retirado de los vivientes... En este retiro he querido cumplir mi primer deber conmigo mismo y con los demás..., consignando todos los hechos que, según mi modo de ver, han precedido y acompañado al espantoso drama... He contado, simplemente, cómo han sucedido las cosas, hasta en el caso en que esas cosas eran en exceso extraordinarias. El que me siga paso a paso *y me crea, me comprenderá...* En los tribunales no me han comprendido, porque no me han creído... Y, sin embargo, no oculté nada... Tomé sobre mí todo lo terrible del hecho... ¿Por qué no me han perseguido? Os digo que fui yo quien la maté... ¡Miserable de mí! Hoy puedo regocijarme de que ya no me robarán el corazón de Cordelia, porque ha muerto. ¡Y fui yo quien la maté, os lo digo y os lo repito! ¡No lo dudéis, puesto que yo no lo dudo!

La causa fue larga, y se retrasó por la enfermedad que se apoderó de mí, a raíz de aquella tragedia. Cuando estuve en condiciones de hablar, encontré el asunto extraviado en una falsa pista, como era de presumir. Pues ¿no habían detenido a Surdon bajo el pretexto de que poseía un revólver cargado, del cual había sido disparado un cartucho? Suponían que había entrado en el cuarto de su ama para robar

alguna alhaja durante su sueño. ¡Tontería estúpida! ¿Y cómo podría ser de otro modo? Los magistrados se encontraban delante de una mujer muerta de un balazo en pleno corazón, en una habitación incomunicada por todas partes, las ventanas cerradas por dentro y la puerta cerrada con llave.

Lo más extraordinario era que se buscó la bala por todas partes, sin encontrarla. Había travesado el cuerpo de parte a parte, y no se la halló en la *chaise-longue* ni las paredes.

Yo sé en dónde está la bala. ¡Está en algún rincón de los jardines de Venecia!

Tuvieron que soltar a Surdon; pero en seguida prendieron a Patrick y lo tuvieron preso hasta que se vio la causa.

Habían hecho la autopsia del corazón, resultando, según el dictamen de los médicos, que la herida había sido producida por una bala de revólver, sino por un bala de pistola del calibre de las que Patrick se había procurado para el desafío. Como la sumaria había demostrado que Patrick, la mañana anterior al duelo y la noche que le había precedido, rondó alrededor del hotel Danieli, no hubo necesidad de^ más para que la justicia acusase al inglés de haber penetrado en el hotel y en el cuarto de Cordelia con la ayuda de una ganzúa o de una llave, que podía haber conseguido de antemano de la complacencia de un criado pagado para ayudarle en su culpable empresa. Había matado a Cordelia para que no fuese de nadie, si él moría... ¡Era bien sencillo! Lo malo es que un pistoletazo hace ruido, y nadie había oído nada en el hotel.

Patrick se había defendido en vano, contando historias de sugestiones y comuniones del alma que *habían hecho reír a los señores del tribunal*. Si aquella noche había rondado por los alrededores del hotel Danieli, era porque yo le supliqué que durmiese a Cordelia para que no estorbase nuestros propósitos de batirnos; y Cordelia no era sugestionable más que a cierta distancia.

Cuando yo reforcé sus declaraciones, diciendo a mi vez que Cordelia había sido muerta en el hotel Danieli por la bala que yo había disparado en los jardines de Venecia, los magistrados cesaron de reír para encolerizarse. Unos me tomaron por loco, otros por imbécil, y muchos no me perdonarán que no me uniese a ellos para apabullar a Patrick. El padre de Cordelia fue uno de ellos, y se apartó de mí con desprecio.

Los periódicos han dicho en unas cuantas líneas lo que sucedió a Patrick. No había pruebas materiales y el jurado le absolvió, a pesar de los esfuerzos del fiscal.

En otros tiempos menos perturbados por la política europea, y si no hubiera tenido lugar en el extranjero, el proceso hubiese tenido una inmensa resonancia, y lo merecía, porque presentaba ante los jueces el drama más grande del mundo, el que tiene lugar entre lo visible y lo invisible. Aquellos asnos bautizados no comprendieron nada de nada. Veo aún su asombro cuando el doctor Thurel, citado por la defensa, vino a explicarles que no había imposibilidad científica alguna en que Cordelia hubiese muerto a causa de la bala, que hirió su prolongación psíquica en los

jardines de Venecia. Es lo que el doctor Thurel llama muerte por *traumatismo astral*... (hasta existe una palabra que data de la Edad Media y que no recuerdo).

XX

La última visita.

¡Oh, Cordelia! Tú has muerto a mis manos; si todavía vivo puedes estar segura de que es por expiación. ¡Cuántas veces he evocado tu imagen ante tu corazón! ¡Cuántas te he llamado!... ¡Y jamás has aparecido!

Hacía días y días que no había añadido una sola línea a las ya escritas, y estaba como anonadado enfrente de aquel gran misterio de la vida y de la muerte, cuando se abrió la puerta de la celda y entró un hombre. Era Patrick. Pero no era más que la sombra de él mismo.

Me precipité delante de la urna que contenía el corazón de la bien amada. Me comprendió, y sonrió amargamente.

—No tema —me dijo—; se lo dejo. ¿Qué me importa a mí su corazón terrenal?... ¡Yo poseo su corazón celestial!

Me puse en pie, haciendo *eses* como un borracho, tanto me llenaba de dolor y celos lo que acababa de decirme.

—¿Qué quiere decir? —rugí—. ¿Sigue viendo a Cordelia?

Movió la cabeza.

—Cálmese —dijo—; no, no la veo. Está demasiado lejos de nosotros, y yo no he creído jamás en la aparición, aquí, abajo, de los fantasmas de los muertos. Cuando digo que poseo su corazón celestial quiero decir que lo he poseído. La muerte me lo arrebató, pero la muerte me lo devolverá —añadió con aire sombrío e inspirado.

—¡Cállese! —repliqué—. ¿Qué me importa a mí todo eso?

—Bueno; desde el momento en que lo toma de este modo, río veo qué es lo que he venido a hacer aquí.

—Ni yo.

—Señor —añadió en un tono de admirable nobleza—, yo venía a preguntarle si tenía algún encargo para ella, *porque también le amaba a usted*.

—¡No amaba a nadie más que a mí! —ex-clamé, extraordinariamente turbado, sin embargo, por el aire y las palabras de Patrick.

Este suspiró, y moviendo la cabeza dijo con gran dulzura:

—Así lo ha creído usted; pero no era posible, pues de ser así aún estaría en este mundo.

—¡Entonces es usted quien la ha matado! —repliqué— o, por lo menos, es usted el responsable de su muerte. ¡Este ha sido siempre mi parecer!

—¡Es usted y soy yo! ¡Somos los dos! —confirmó Patrick, completamente anonadado—. Sí, yo, por mi parte, tengo gran culpa de ello; en mi delirio, en la sed que sentía por su alma, en el amor en que ardía por su espíritu, he separado demasiado éste de su cuerpo, pero usted ha desprendido con exceso su cuerpo de su espíritu. Marchábamos a una catástrofe inevitable...

Estas palabras me hirieron como un puñal, y, sin embargo, no interrumpí a mi visitante.

—Esto prueba —añadió mientras se marchaba— que no es posible dar verdaderamente la dicha a una criatura terrenal más que conservándola en un equilibrio del cual éramos incapaces. Si Cordelia hubiese encontrado en un solo hombre un poco de usted y un poco de mí, habría podido ser feliz, o al menos así lo creo. Pero ahora, allí en donde se encuentra su alma, no tiene necesidad más que del espíritu. Y allá voy. ¡Adiós!...

Los periódicos me han traído esta mañana la noticia de la muerte de Patrick. No se dirá que yo le dejo perseguir a Cordelia a su antojo. Oigo que me llama, tengo su voz en mis oídos: “¡Socorro, Héctor!... ¡Socorro!” Yo también *quiero* convertirme en espíritu; pero para llegar antes voy a hacer el mismo viaje que ella, siguiendo el mismo camino. Aunque llegará demasiado tarde. ¡Se llevará un buen chasco! El corazón de Cordelia me indica el camino que debo tomar. La bala herirá mi corazón exactamente en el mismo sitio que hirió el suyo. Lanzaré el mismo suspiro, que me llevara al mismo sitio en que ella me espera. ¡Estoy seguro de ello!... ¡Querida, queridísima Cordelia!...